



TASAWWUF

EL MUSULMÁN ANTE
SU PRUEBA INTERIOR

Osman Nûri Topbaş



 EDITORIAL
ERKAM



© Ediciones Erkam - Estambul 1447 / 2025

TASAVVUF

EL MUSULMÁN ANTE SU
PRUEBA INTERIOR

Osman Nûri Topbaş

Título original : Müslümanın Kendisiyle İmtihanında
TASAVVUF

Autor : Osman Nûri Topbaş

Traductor : Bará Al-Hashim

Redaktor : Asma Kara

Diseño gráfico : İlhan Baştaş

Impresión : Ediciones Erkam

ISBN : 978-625-440-994-3

Dirección : İkitelli Organize Sanayi Bölgesi Mahallesi
Atatürk Bulvarı, Haseyad 1. Kısım No:60/3-C
Başakşehir, İstanbul, Turkey

Tel : (90-212) 671-0700 pbx

Fax : (90-212) 671-0748

E-mail : info@islamicpublishing.org

Web site : www.islamicpublishing.org

Language : Español



TASAWWUF

EL MUSULMÁN ANTE SU
PRUEBA INTERIOR

Osman Nûri Topbaş

PRÓLOGO

Que las infinitas alabanzas y agradecimientos sean para Allah, quien nos creó, a nosotros, Sus humildes siervos, a partir de la nada. Él formó al ser humano con la más hermosa conformación —aḥsani taqwīm—, situándolo en la cúspide de la creación. Le otorgó el don de la voluntad y el potencial de elevarse hacia las más altas cimas, insuflándole de Su propio espíritu. Y, por pura misericordia, nos guio hacia la verdad y el bien, enviando libros revelados y profetas que actuaron como faros de orientación.

Innumerables bendiciones y paz eternas sean sobre nuestro amado Profeta, Sayyiduna Muḥammad Al-Muṣṭafā ﷺ, el Honrado Eterno del Universo, el Sello de los Profetas, la Misericordia concedida a todos los mundos, ejemplo insuperable para la humanidad, guía incomparable en esta vida y fuente de intercesión en el Día del Juicio. Que esa paz se extienda también a su familia purificada y a sus distinguidos compañeros.

Nuestra sagrada religión, el Islam, no es solamente un credo, sino un modo de vida completo. No se limita a ordenar nuestra existencia externa, sino que también abarca nuestro mundo interior y la vida secreta del corazón.



Para alcanzar la meta del “creyente perfecto”, ideal al que nos llama el Islam, es imprescindible comprender esta religión en toda su riqueza —en su forma y su esencia, en su dimensión material y espiritual, en lo exterior (ẓāhir) y en lo interior (bāṭin)—, y esforzarnos sinceramente por vivir conforme a esa integridad.

El tasawwuf es, precisamente, un camino de educación espiritual que apunta a esa madurez y perfección. Es una disciplina que forma los corazones, rescatándolos de la inmadurez y la superficialidad, mientras ordena la vida exterior según la enseñanza del Corán y la Sunnah.

En otras palabras, el tasawwuf es una escuela del alma, un espacio de formación donde se construye el carácter del “musulmán completo” y del “creyente dotado de taqwā”.

Es un esfuerzo consciente por transformar el conocimiento en sabiduría, el seguimiento pasivo (taqlīd) en certeza realizada (taḥqīq), y la fe básica (īmān) en excelencia espiritual (iḥsān), mediante la vivencia real de la Presencia de Allah, con un alma en calma y un corazón purificado.

El tasawwuf es, en definitiva, la sensibilidad de mantener siempre el corazón con Allah, resguardándolo con la armadura de la taqwā frente a los engaños del mā siwā Allāh —es decir, de todo aquello que aparta del Amado y seduce al ego.



Dijo Allah -*enaltecido sea*-:

وَهُوَ مَعَكُمْ أَيْنَ مَا كُنْتُمْ

“...Él (Allah) está con vosotros dondequiera que estéis...” (al-Hadid, 4).

El tasawwuf es el esfuerzo constante por armonizar cada aliento —es decir, cada sentimiento, cada pensamiento y cada acción— con el beneplácito de al-Ḥaqq (la Verdad Suprema), a fin de poder exhalar el último aliento con la salvación de la fe (īmān).

El tasawwuf es, también, una escuela de sabiduría. Sus maestros son los amigos íntimos de Dios, los aliados de la verdad, los virtuosos y perfectos guías espirituales (*al-murshidūn al-kāmilūn*), herederos auténticos del Mensajero de Allah ﷺ. Son ellos los depositarios vivos de la ética profética, la guía espiritual y las nobles formas de comportamiento que, transmitidas a lo largo de los siglos, han modelado a generaciones de creyentes sinceros.

La misión más fundamental de estos guías es conducir al ser humano hacia el conocimiento de su propio ego, ayudarle a adquirir una profunda sensibilidad para el autoexamen y la vigilancia interior. El propósito es que el ser humano —quien fue creado con la capacidad de inclinarse tanto hacia el bien como hacia el mal, como parte de su prueba existencial— sea



capaz de dominar sus tendencias egoístas y orientarse plenamente hacia la verdad, el bien y la belleza.

Como fruto de ese camino, el alma llega a reconocer su propia nada, su pobreza esencial y su impotencia absoluta ante la majestad y el poder de lo divino.

En efecto, el reconocimiento de la propia condición ante el Creador comienza con el conocimiento de uno mismo, con la conciencia de los propios límites. Porque quien se conoce de verdad a sí mismo, conoce su dependencia radical de Allah, su necesidad constante de Su guía, Su misericordia y Su cercanía.

مَنْ عَرَفَ نَفْسَهُ فَقَدْ عَرَفَ رَبَّهُ

“¡El que conoce a su nafs conoce a su Señor!”

Alcanzar esta realización exige una yihad profunda, una lucha interior constante que se prolonga hasta el último aliento, sin tregua ni descanso, en el camino de la purificación de la ***nafsâniyya*** (el ego carnal) y del desarrollo de la ***rûhâniyya*** (la dimensión espiritual).

El siervo debe someter a disciplina esa fuerza enigmática llamada ***nafs***, colmada de secretos, aplicando ciertos métodos de educación bajo la guía de personas competentes. De este modo, ha de convertirla en el medio más potente de avance en su viaje hacia la Verdad. Es necesario que profundice en la contemplación de los trazos del poder divino y de las manifes-



taciones de Su grandeza, y que enriquezca su mundo interior con la sabiduría que proviene de lo alto.

Su eminencia Abû l-Ḥasan al-Ḥaraqānî, uno de los íntimos amigos de Allah, expresó de forma sublime cómo relacionarse con la gente y cómo orientarse hacia la Verdad, diciendo:

“La paz es con toda la gente, y la guerra es con el nafs.”

En este mismo espíritu, el tasawwuf rechaza el individualismo, la mezquindad y el vivir conforme a los dictados del ego. Por el contrario, enseña e inculca al creyente a ser altruista, abnegado, celoso del bien y orientado al servicio.

En otras palabras, el tasawwuf es un esfuerzo por erradicar las cualidades negativas del alma y superarse a sí mismo en el juicio constante que el musulmán debe ejercer sobre su propia persona. Es el empeño por hacer del corazón un refugio de misericordia en el que todas las criaturas puedan hallar paz, y por formar a un ser humano verdaderamente bueno: un ***mu'min kāmīl*** (creyente perfecto), del que emanen beneficio su mano, su lengua, su presencia y su comportamiento.

Pero lo más importante es que el tasawwuf implica la determinación de vivir toda la existencia, desde el principio hasta el final, siguiendo el modelo de vida de



nuestro Profeta ﷺ: con equilibrio, medida y rectitud. Como guía ideal y ser humano ejemplar sin igual, él es el regalo más extraordinario que Allah Todopoderoso ha concedido a la humanidad. Todos los estados y actos del Mensajero de Allah ﷺ fueron observados cuidadosamente por sus Compañeros, transmitidos fielmente y han llegado hasta nosotros.

Cada comportamiento del Noble Profeta ﷺ constituye una bendición inconmensurable, comparable a la preservación milagrosa del Noble Corán, salvaguardado por nuestro Señor sin que se altere ni una sola letra. Este legado profético es, sin duda, el tesoro más valioso que debemos adoptar como medida y modelo para aspirar a la perfección humana.

Nuestro Señor Todopoderoso ha dicho en el Corán:

“Quien obedece al Mensajero, obedece a Allah.”
(*an-Nisā*, 80)

Del mismo modo, en el camino del tasawwuf, según el noble *ḥadīz*:

“La persona estará con aquel a quien ama.” (*Bujārī, Adab*, 96)

...el objetivo es vivir en unión con el Mensajero de Allah ﷺ en cada etapa de la vida: en los pensamientos y los sentimientos, en los estados y las acciones; y asemejarse a él tanto en la forma como en la esencia.



El hecho de que esta comunidad, que durante siglos ha interiorizado estas enseñanzas, haya llamado a cada uno de sus hijos “*Mehmetçik*”, es decir, “*pequeño Muḥammad*”, es una manifestación de esta comprensión profunda.

Porque el tasawwuf, que constituye la esencia del Islam, es una educación del corazón orientada a grabar en nosotros la vida interior del Mensajero de Allah ﷺ; a tomar una porción de la nobleza de Su corazón; a revestirnos con Su moralidad; y a embellecer nuestra personalidad con Sus nobles atributos y cualidades.

En resumen, el tasawwuf es el esfuerzo por comprender el **Corán** y la **Sunna** con profundidad de corazón, y vivir a través del amor y del éxtasis espiritual.

Sin embargo, en nuestros días, como ocurre en muchos otros ámbitos, existen numerosos factores que confunden las mentes y oscurecen los corazones en torno al tasawwuf. Por un lado, están los extremistas que rechazan de plano el tasawwuf islámico; por otro, ciertos transgresores que actúan en nombre del tasawwuf y personas ignorantes que los siguen ciegamente. Es decir, los extremos por un lado... y los extremos por el otro. Conductas *bid'a* (innovaciones reprobables) y creencias erróneas son presentadas como parte del tasawwuf, cuando en realidad contradicen los fundamentos de la *Shari'a*.



Hay quienes, sin realizar buenas acciones, sin esforzarse en el camino de Allah, sin soportar sufrimientos, y sin cuidarse del **harâm**, viven atrapados en sueños y expectativas, con apariencia sufí, esperando alcanzar la salvación eterna. Otros caen en trampas del ego al pensar que “tal o cual persona me tomará de la mano y me salvará”, sin esforzarse por alcanzar el estado de los **sâlihîn** (justos), y apoyándose únicamente en una vaga pretensión de amor. También están quienes, llevados por un apego desmedido hacia la persona a la que siguen, caen en formas de idolatría.

Aunque incluso los profetas pueden incurrir en errores involuntarios llamados **zallah**, hay quienes aceptan ciegamente las palabras de individuos sin contrastarlas con las **aleyas** y **hadices**, y se convierten así en munición para los enemigos del tasawwuf.

A aquellos que malinterpretan la amplitud de la misericordia de Allah y la indulgencia del tono sufí, se les advierte en el Qur’ân:

“¡No dejes que el demonio te engañe haciéndote confiar en el perdón de Allah!” (Surat Luqmân, 33)

También existen quienes, bajo una apariencia sufí, se entregan a búsquedas espirituales a través de cuadros, símbolos o imágenes, y actúan según sueños o inspiraciones que, en realidad, contradicen los principios de la Sharí’a. Se pierden tras visiones, milagros,



manifestaciones espirituales y revelaciones personales, olvidando el propósito esencial.

Por otro lado, están los **takfiríes**, que rechazan por completo el tasawwuf y califican prácticas como la **râbiṭah**, el **tawassul** o la visita a las tumbas como **shirk** (idolatría), debido a ideas erróneas y juicios distorsionados.

Las objeciones al tasawwuf suelen tener dos raíces principales:

1. **El desconocimiento de su verdadera naturaleza**, es decir, mantenerse alejados de su esencia auténtica.
2. **La generalización de prácticas desviadas**, atribuyendo los errores de algunos ignorantes a todo el camino sufí.

En definitiva, son muchas las ideas y concepciones erróneas que hoy día nublan las mentes y los corazones. Por ello, se vuelve imprescindible **redefinir ciertos conceptos sufíes con contenidos correctos y volver a trazar la línea entre la verdad y el error**. Dada la situación actual, es una cuestión de responsabilidad destacar las normas de **itidâl** (moderación), equilibrio y rectitud aceptadas en el marco de la religiosidad.

Estimados lectores:

Con este compendio entre sus manos, nos complace presentar —con la esperanza de que sea de pro-



vecho— una recopilación cuidadosamente revisada de la serie de artículos que llevó por título “*El Tasawwuf es alcanzar la perfección con el Qur’ân y la Sunna*”, y que fue publicada originalmente en nuestra revista *Altınoluk*. Esta nueva edición reúne dichos escritos bajo una forma más accesible y unificada, con el propósito de facilitar su lectura, meditación y estudio, y de hacer llegar al lector las esencias profundas del mensaje que contienen.

En esta obra, hemos procurado orientar la atención hacia los principios fundamentales establecidos por la noble Shari’a. Lo hemos hecho con la intención de explicar y destacar la necesidad ineludible del *tasawwuf* auténtico, es decir, del camino de purificación interior y realización espiritual que, lejos de ser una vía marginal o ajena, constituye una dimensión esencial del Islam vivido con plenitud.

Como humildes servidores comprometidos con el conocimiento y la transmisión de la verdad, nos hemos esforzado en aclarar cuál debe ser el estado recto y coherente del corazón en su relación con el Creador, nuestro Señor, exaltado sea. El *tasawwuf*, tal como lo entendemos y presentamos aquí, no es otra cosa que el esfuerzo constante por hacer que nuestros corazones estén alineados con la Voluntad divina, imbuidos de sinceridad, humildad, y del anhelo de Su cercanía.

Asimismo, hemos intentado expresar de forma clara y accesible los principios genuinos que deben regir la relación entre el discípulo —quien se adentra en el camino de la educación espiritual— y su *murs-hid*, es decir, el guía que, con sabiduría, paciencia y ejemplo, orienta y acompaña este viaje del alma hacia Allah. Esta relación, llena de amor, respeto y entrega, requiere también límites bien definidos y una conciencia lúcida, para no desviarse hacia formas desmedidas de afecto o veneración que, si no se regulan a la luz de la Shari‘a, pueden degenerar en fanatismo o en prácticas reprobables, donde el pie resbala fácilmente sin que el caminante lo perciba.

Por ello, a lo largo de los artículos reunidos en este folleto, hemos querido recalcar, con insistencia, que el equilibrio emocional y espiritual en la vivencia religiosa no se logra sino mediante una sensibilidad fina hacia los mandamientos de la Shari‘a. Solo con una adhesión sincera y amorosa a sus enseñanzas puede el creyente protegerse de los extremos, de los excesos sentimentales y de las desviaciones que alejan del propósito original del camino espiritual.

Concluimos este trabajo elevando nuestras súplicas al Altísimo, pidiendo a Allah, el Todopoderoso, que nos conceda una comprensión correcta y profunda de esta religión majestuosa que nos ha honrado con revelarnos. Le rogamos también que nos dote de la fuerza, la claridad y la perseverancia necesarias para



vivir conforme a lo que Le complace, haciendo de nuestra vida un reflejo de Su guía y de Su luz.

Que Él una nuestros sentimientos, nuestros pensamientos, nuestras intenciones y nuestras acciones con Su complacencia. Que nos envuelva en Su perdón, nos colme de Su beneplácito y nos haga de los sinceros, de los justos y de los cercanos a Su misericordia infinita. Amín.

¡Amin!¹

Osman Nûri Topbaş

Noviembre de 2014

Uskudar

-
1. Quiero agradecer a M. Akif Günay sus esfuerzos en la preparación de este folleto, y pido a mi Señor que haga de sus esfuerzos una obra de caridad.

TASAWWUF SEGÚN EL CORÁN Y LA SUNNA ES ALCANZAR LA PERFECCIÓN...

El tasawwuf es otro nombre para elevar el ímân hasta el vasto y majestuoso horizonte del ihsân. Es, en otras palabras, la conciencia profunda y la vivencia del corazón de que siempre estamos bajo la mirada de la observación divina, es decir, bajo la vigilancia constante de las cámaras celestiales del Altísimo.

Porque Allah Todopoderoso dice: “Él está con vosotros dondequiera que estéis” (al-Hadîd, 4) y dice : “Estamos más cerca de él (el ser humano) que su vena yugular” (Qâf, 16)



TASAWWUF SEGÚN EL CORÁN Y LA SUNNA ES ALCANZAR LA PERFECCIÓN...

Para alcanzar el ideal del “*ser humano perfecto*” al que aspira el Islam, es indispensable comprender y vivir la vida religiosa en la unidad entre materia y espíritu, en la profundidad conjunta del exterior y el interior, en la armonía entre razón y corazón, y en la unión de forma y esencia.

El verdadero *tasawwuf* representa un esfuerzo sincero por comprender y vivir el Islam también en su dimensión interior (*bâfin*), sin desligarla de su aspecto externo (*zâhir*). Esto exige integrar el Islam en la totalidad de lo que clásicamente se ha denominado: *Sharî‘a*, *Ṭarîqa*, *Ḥaqîqa* y *Ma‘rifa*.

A medida que el creyente avanza en su viaje hacia la Verdad —un recorrido que va de la fe al *ihsân*— su contemplación se profundiza y su comprensión de la vida y del universo adquiere una nueva medida espiritual. Así, por ejemplo:



En la **Sharí'a**, que constituye el mínimo común de mandatos y prohibiciones divinas dirigido tanto a la gente común como a los selectos, rige la visión: “lo tuyo es tuyo, y lo mío es mío”.

En la **Tarîqa**, que es el sendero de maduración espiritual seguido por los corazones sinceros, esta visión se transforma en un principio de entrega amorosa: “lo tuyo es tuyo, y lo mío también es tuyo, por amor a Allah”. La generosidad y el altruismo se impregnan entonces de un sabor espiritual.

Más allá aún, en el dominio de la **Haqîqa**, reservado a los siervos más cercanos a la Verdad, se alcanza la percepción: “ni lo tuyo es verdaderamente tuyo, ni lo mío es mío; ¡todo pertenece a Allah!”. Así se manifiesta la conciencia de la auténtica propiedad divina de todas las cosas.

Tal como lo expresa el versículo: “**Jamás alcanzaréis la virtud (al-birr) hasta que gastéis de aquello que más amáis...**” (Âl ‘Imrân, 92), se logra una coherencia de corazón que lleva a ofrecer, por amor a Allah, incluso los bienes más preciados.

En el horizonte de la **realización espiritual**, que es la virtud de los amigos íntimos de Allah (**awliyâ**), se manifiesta la máxima: “**La amistad con Allah no se concilia con el apego a la propiedad**”. Pues Allah dice en el Corán: “**Ciertamente, Allah ha comprado**



a los creyentes sus vidas y sus bienes a cambio del Paraíso...” (at-Tawbah, 111)

La medida del amor sincero es el sacrificio. Para quien ha alcanzado el horizonte de la *wilâya* (la amistad divina), la existencia propia se desvanece hasta volverse “nada”, o incluso “menos que nada”. Todos los seres dependen de Allah para existir y mantenerse en la existencia. Nada puede perdurar por sí mismo sin Su voluntad y Su poder. El único Ser cuya existencia es necesaria en sí misma, independiente de todo lo demás, es Allah Todopoderoso: **Wâ'yib al-Wu'yûd** —el Necesariamente Existente.

Un bello ejemplo que ilustra estas realidades lo encontramos en el siguiente episodio:

A Su Eminencia el Imam Aš-Šiblî —que Allah santifique su secreto— le preguntaron:

—“¿Cuánto zakât se debe entregar por cinco camellos?”

Él respondió:

—“Lo prescrito es una oveja. Pero para nosotros, todo es para Allah”.

Al preguntarle:

—“¿Cuál es tu prueba para ello?”, Su Eminencia respondió:



—“Nuestro maestro Abû Bakr —que Allah esté complacido con él—. Él entregó toda su riqueza por la causa de Allah. Quien sacrifica todos sus bienes en el camino de Allah, lo hace siguiendo el modelo y la noble cualidad de Abû Bakr. Y quien entrega una parte considerable de su riqueza, camina en la senda y con el carácter de nuestro maestro ‘Uzmân —que Allah esté complacido con él—.

El conocimiento que no lleva al desapego del mundo no es conocimiento verdadero”.²

Este relato refleja, una vez más, cómo el Islam puede y debe ser comprendido en la unidad de *Sharî’a*, *Tarîqa*, *Haqîqa* y *Ma’rifa*. Veamos otro ejemplo que lo ilustra:

- En la *Sharî’a*, comer después de estar saciado se considera un desperdicio.
- En la *Tarîqa*, ya el hecho de comer hasta la saciedad se considera exceso.
- En la *Haqîqa*, incluso comer la cantidad justa, si se hace sin conciencia de la presencia de Allah, es un despilfarro espiritual.
- Y en la *Ma’rifa*, además de todo lo anterior, comer sin contemplar el poder divino y las manifestaciones de Su Esencia en las bendiciones es una pérdida de oportunidad para la gnosis. Pues cada criatura,



desde lo más pequeño hasta lo más vasto, es un signo del poder infinito y de la majestad de su Creador.

Su eminencia Shâh-Naqshband —que Allah santifique su secreto—, uno de los grandes sabios del tasawwuf, solía preparar él mismo los alimentos y disponer la mesa. Mientras se cocinaba o se comía, exhortaba constantemente a sus discípulos a mantener sus corazones despiertos y presentes, sin permitir que se descuidaran ni un solo instante. Si alguno de ellos se llevaba un bocado a la boca sin presencia de corazón, él lo corregía con suavidad, y no toleraba que sus discípulos comieran ni un solo bocado olvidando a Allah.

Comer, en sí, no es un acto de adoración formal; sin embargo, cada bocado tomado en recuerdo de Allah puede convertirse en un medio para alcanzar estados de *fayḍ* (irradiación espiritual) y *juʿûʿ* (humildad y recogimiento) en la adoración. En cambio, la comida consumida en estado de olvido y negligencia engendra oscuridad, pesadez y apatía en el corazón.

Las palabras de ‘Abdullâh ibn Mas‘ûd —que Allah esté complacido con él— revelan el grado de sensibilidad espiritual alcanzado por los Compañeros bajo la educación profética: **“Habíamos llegado a oír el sonido de las plegarias de los alimentos al ser ingeridos”**. (Bujârî, Manâqib, 25)

En resumen, los grados de sensibilidad islámica que hemos intentado ilustrar mediante estos ejemplos



pueden aplicarse a todos los aspectos de la vida: desde la adoración hasta la vida familiar, desde las relaciones vecinales hasta las actividades económicas. Si se toman como una plantilla de referencia, estos niveles conducen a una auténtica ***profundidad sufí*** en cada dimensión de la existencia.

¿QUÉ ES ENTONCES EL TASAWWUF?

El tasawwuf es el arte de recordar a Allah Todopoderoso con plena conciencia y devoción.

Es otro nombre para llevar el î mân —la fe— a horizontes sublimes, en la forma del ihsân, es decir, vivir con la certeza de que estamos siempre bajo la mirada del Altísimo, conscientes de Su constante vigilancia, como si nuestra existencia estuviera bajo la observación permanente de las cámaras divinas.

El tasawwuf es una disciplina de purificación interior. Es el camino hacia la taqwâ, alejándose de todo aquello que aparta el corazón de Allah. Es una educación espiritual que somete las pasiones del nafs y cultiva las aspiraciones del alma, ennobleciendo la voluntad interior.

Es una escuela de formación espiritual, donde el alma se purifica y el corazón se embellece a manos de verdaderos guías: herederos del legado del Profeta ﷺ, que transmiten, con sabiduría y ejemplo, los secretos del camino.

El tasawwuf es una lucha constante contra el nafs, una guerra sin tregua contra el ego.

Es también la disciplina de mantener la amistad con Allah aceptando, con serenidad y entrega, los decretos de la providencia divina en todas las circunstancias. Significa conservar la ecuanimidad del corazón ante los vaivenes de la vida y sus pruebas, dulces o amargas; no dejarse seducir por la riqueza ni doblegar por la pobreza. Es la madurez de reconocer el sufrimiento como una prueba purificadora y convertirlo en un medio de elevación espiritual. Es ser un “hermoso siervo”, que olvida las quejas y lamentos, y cuya lengua está siempre ocupada en la alabanza y la gratitud.

El tasawwuf es la responsabilidad de aquellos creyentes que, habiendo alcanzado una realización tanto material como espiritual, se vuelven hacia las criaturas con un corazón altruista, colmando sus carencias con misericordia. Es hacer de la compasión, el afecto y el servicio a la creación un reflejo del amor al Creador.

El tasawwuf es aferrarse al Libro y a la Sunna, comprender sus enseñanzas con profundidad espiritual y esforzarse por vivirlas en todas las etapas de la vida.

En resumen, el tasawwuf es el esfuerzo amoroso por conocer de cerca al Mensajero de Allah ﷺ, vivir la religión según su espíritu, y participar —con éxtasis y



reverencia— de su noble carácter, su esencia luminosa y su elevada ética.

Todo aquello que contradiga estos principios y no se nutra del Qur’án y de la Sunnah, aunque se presente como *tasawwuf*, no es sino una falsificación.

¿QUÉ ES EL TASAWWUF?

Cuando se descuida el aspecto espiritual y profundo de la religión —aquello que constituye la esencia del *tasawwuf*, la profundidad de la *taqwâ* y la vida del corazón—, lo que queda es un conjunto árido de normas externas, carente de alma y vitalidad.

Por otro lado, al igual que ocurre con ciertos círculos contemporáneos que pretenden representar al sufismo, también es un extravío reducir toda la religión a dimensiones *bâtini* —esotéricas— y menospreciar la *sharî’a*, es decir, las disposiciones normativas y literales del Islam. Esta actitud no es sino una señal clara del alejamiento de la verdadera senda del *tasawwuf*.

El *tasawwuf* genuino, que es guardián celoso de la *sharî’a*, no tiene nada que ver con el pensamiento de quienes abren la puerta a concesiones egoicas bajo el pretexto de que “lo importante es tener el corazón limpio, aunque las obras sean escasas” (!).



Un ejemplo de esta distorsión lo vemos hoy en día cuando ciertos individuos, desvinculados del espíritu del *Mathnawî Sharîf*, ignoran la dimensión de *wajd* y *taqwâ* inherente al *mawlawîyah*, y transforman el *samâ‘* —que originalmente es un acto de *dhikr*— en un espectáculo folclórico, convertido en montaje musical y escenografía para el entretenimiento.

Sin embargo, Mawlânâ Yalâluddîn Rûmî —que Allah santifique su secreto— se lamenta, ya desde los primeros versos de su *Mathnawî*, de aquellos que le oyen sin comprender el mensaje que transmite:

*“He gemido en todas las reuniones y en toda compañía,
Con los alegres y con los tristes he convivido.
Cada uno se hizo mi amigo según su entendimiento,
Pero nadie buscó el secreto que habita en mí.
Mi secreto no está oculto a mi clamor,
Pero no todo ojo tiene luz para verlo, ni todo oído
fuerza para oírlo.
Los espíritus toscos no comprenden el estado de los
maduros.
Por ello, es mejor acortar las palabras.”*

Como todo amigo sincero de la verdad, la fuente de inspiración de Mawlânâ no es otra que el Qur’ân y la Sunnah. Él mismo lo proclama con rotunda claridad en uno de sus *rubâ‘iyyât* (cuartetos):

*“Mientras viva, seré el siervo del Qur’ân.
Soy el polvo del camino de Muhammad ﷺ.*



Si alguien transmite algo distinto a esto de mis palabras, Estaré dolido por él y por lo que haya dicho.”

Con estas palabras, Mawlânâ se define inequívocamente como “el siervo del Qur’ân y el polvo del sendero iluminado del Profeta ﷺ”, es decir, su pie fijo siempre estuvo anclado en la **sharî’a**, y toda su vida fue un esfuerzo por conformarse a las enseñanzas del Libro y la Sunna.

Por tanto, reclamar pertenecer a la vía de Mawlânâ sin observar las normas de la **sharî’a** no hace sino perjudicar, en primer lugar, a la dignidad espiritual del propio Mawlânâ.

Por otra parte, se observa cómo algunas **tarîqas** emprenden actividades comerciales con intenciones aparentemente nobles. Sin embargo, con el tiempo, se relaja la sensibilidad hacia la **taqwâ** y la estructura espiritual se transforma en una maquinaria orientada a beneficios materiales. Así, se tergiversa la esencia del camino: la **tarîqa**, que es la senda del despojamiento y la humildad, se convierte en una rueda mundana de intereses, regida por la lógica de la acumulación y del prestigio.

En otras **tarîqas**, se advierte cómo se relegan las sensibilidades del **halâl** y el **harâm**, y se adoptan actitudes permisivas, bajo expresiones vacías como “mi corazón está limpio (!)”, mientras se relajan las nor-

mas del pudor, se permiten relaciones inapropiadas entre hombres y mujeres, se debilita el uso correcto del *hijab* y se cometen otras concesiones que infringen límites de la *sharī'a*. Se extiende así la absurda idea de que, si el corazón es puro, las normas externas dejan de ser necesarias, priorizando los impulsos del *nafs* por encima de la obediencia a Allah.

Con ello, se olvida que el Profeta ﷺ, quien fue el más puro de corazón, es también nuestro modelo supremo en todas las dimensiones de la vida: en la adoración, en la conducta, en la ética y —sobre todo— en la escrupulosa observancia del *halâl* y el *harâm*, cuestión que constituye uno de los desafíos más apremiantes de nuestros días.

El verdadero *tasawwuf*, enmarcado en la ortodoxia de Ahlus-Sunnah wa'l-Jamâ'ah, no es otra cosa que esforzarse por aferrarse, interior y exteriormente, al ejemplo de vida del Mensajero de Allah ﷺ. Así como el Profeta ﷺ, pese a su perfección espiritual, jamás descuidó los actos externos de servidumbre ni por un instante hasta su último aliento, del mismo modo, todo creyente —sin importar su grado espiritual, su ocupación o la *tariqa* a la que pertenezca— está obligado a cumplir con los mandatos de la *sharī'a*.

Este principio se ilustra de forma ejemplar en un relato de Sayyidunâ 'Abdul-Qâdir al-Jîlânî —que Allah ennoblezca su rostro—:



“Un día, apareció ante mí una luz que cubría todo el horizonte. De ella surgió una voz que decía:

—‘¡Oh ‘Abdal-Qâdir! Soy tu Señor. Me siento tan complacido con tus obras que te he hecho lícito lo que antes era prohibido.’

En cuanto escuché esta declaración, supe que quien hablaba era Shaytân:

—‘¡Apártate, oh maldito! Esa luz tuya es para mí oscuridad perpetua.’

Shaytân respondió:

—‘Has escapado una vez más de mis redes, gracias a la sabiduría que tu Señor te ha concedido. Ya he hecho caer a cientos de personas con este mismo método.’

Entonces elevé mis manos y agradecí a Allah con la plena conciencia de que había sido una bendición de mi Señor.”

Cuando un discípulo le preguntó:

—‘¿Cómo supiste que era Shaytân?’

Él respondió:

—‘Porque dijo: “Te he hecho lícito lo prohibido”.’”

En efecto, si alguien pudiera estar exento de los límites del *halâl* y el *harâm* debido a su virtud o elevado rango espiritual, ese habría sido el Profeta ﷺ.

Pero como ni siquiera a él se le otorgó tal privilegio, nadie en esta umma puede considerarse por encima de la ley revelada.

El Imâm Ar-Rabbânî, que fue un faro en el camino de la rectitud, expresó con claridad:

“Dar importancia al bâtin implica dar importancia también al zâhir.” En otras palabras, el equilibrio entre el interior y el exterior es esencial. Quien se ocupa del bâtin descuidando el zâhir incurre en herejía, y los estados espirituales que cree alcanzar no son más que ilusiones³. El criterio más fiable para medir la autenticidad de los estados sutiles es la conformidad del zâhir con las normas de la Sharî‘a. Esta es la senda de la istiqâma (rectitud).

Así, no puede considerarse un verdadero sufi quien, por muchas expresiones espirituales que pronuncie, no organiza su vida conforme al Qur’ân y a la Sunna, ni cumple las obligaciones visibles de la religión.⁴

Por ejemplo, no puede hablarse de progreso en el sulûk de quien se niega a aplicar las disposiciones divi-

3. Istidrâÿ: Como lo contrario del milagro, los estados extraordinarios que surgen de los incrédulos, desviados o farsantes, es decir, de algunas personas que pretenden ser wali aunque no lo sean. Estos estados son pruebas divinas y les conducen gradualmente a la destrucción.

4. Imâm-i Rabbânî, Mektûbât, III, 87-88, no: 87.



nas sobre la herencia por interés personal. Igualmente, aquel que no aplica las normas islámicas en su vida familiar, o que antepone el futuro mundano de sus hijos al eterno, privándolos de la educación coránica, no tiene parte real en el camino espiritual, por muy “sufi” que se crea. Eso sólo indica ignorancia.

Del mismo modo, quien actúa injustamente en su vida económica, cometiendo abusos por ambición mundana, y se excusa con frases como “esta vez lo haré, pero no se repetirá”, se está haciendo daño a sí mismo y sabotando su espiritualidad. Es el mismo autoengaño que describe el Qur’án al narrar la conducta de los hermanos de Yûsuf (‘alayhi as-salâm), cuando dijeron:

“Matad a Yûsuf o expulsadlo a una tierra lejana, y así el favor de vuestro padre será sólo para vosotros. Luego seréis gente de bien.” (Yûsuf, 9)
Cometer hoy lo ilícito con la intención de arrepentirse mañana —cuando no se sabe si ese mañana llegará— es menospreciar el tawba (vuelta a Allah) y someterse al capricho del nafs.

El noble compañero Omar ؓ dijo:

“No mires la oración ni el ayuno de una persona, sino fijate:

- ¿Dice la verdad cuando habla?
- ¿Cumple lo que se le encomienda?



– ¿Es sensible al halāl y al harām mientras trata con el mundo?”

Esta es la medida real del carácter y la sinceridad.⁵

Por tanto, pretender avanzar en el camino espiritual sin respetar los límites de la Sharī‘a no es sino un espejismo.

La Sharī‘a es como el esqueleto del cuerpo: sin él, el cuerpo no puede sostenerse. Pero un cuerpo sin alma —una religiosidad reducida sólo a formas externas— es fría, rígida, y aleja en lugar de atraer. Algunas corrientes la presentan así deliberadamente, distorsionando el Islam.

El verdadero tasawwuf, por el contrario, es vivir el Islam con toda su riqueza espiritual, con fe viva, con feyz, con el ejemplo luminoso del Mensajero de Allah ﷺ, de los Compañeros, de los salaf salihīn y de los creyentes que viven con taqwā, buscando siempre esa armonía entre forma y esencia, entre zāhir y bātin.

EL MAYOR MILAGRO ES LA RECTITUD

El tasawwuf auténtico no debe entenderse como un conjunto de prácticas esotéricas, ni como una búsqueda de hechos sobrenaturales, milagros o manifestaciones extraordinarias que despierten asombro. No consiste en perseguir experiencias fuera de lo común

5. Bayhaqi, *al-Sunan al-Kubra*, VI, 288; *Shu‘ab*, IV, 230, 326.



ni en construir una imagen externa de espiritualidad desligada de la realidad del corazón y de la vida diaria.

Más bien, el tasawwuf genuino es, en su esencia, un esfuerzo constante, consciente y sincero por ordenar y armonizar cada aspecto de la existencia —los pensamientos, las intenciones, las emociones, las palabras y las acciones— conforme a la guía luminosa del Qur’ân y la Sunna del Profeta Muhammad ﷺ.

Se trata de una disciplina interior que busca purificar el alma de todo lo que la aleja de Allah, desarrollando cualidades como la sinceridad, la humildad, la paciencia y el amor por el Creador y por Su creación. Es un camino de transformación personal que se fundamenta en el cumplimiento fiel de los principios del Islam, y cuyo objetivo es alcanzar la madurez espiritual y la cercanía a Allah mediante la obediencia consciente, el recuerdo constante y la mejora continua del carácter.

Allah ﷻ dice en el Corán: “Obedeced a Allâh y al Mensajero para que se os muestre misericordia”. (Al ‘Imrân, 132), y dice también: “¡Oh creyentes! Obedeced a Allâh y obedeced al Mensajero, y no malgastéis vuestras obras.” (Muḥammad, 33)

Y en su sermón de despedida, el Profeta ﷺ advirtió: “¡Sabed que iré delante de vosotros y os esperaré en el Estanque de Kawthar! Me agradará vuestra multitud. ¡No me deshonréis cometiendo pecados! Os dejo dos fideicomisos: el Libro de Allah y la Sunna de Su Profeta.



Mientras os aferréis a ellos, nunca os desviaréis.” (Muslim, Ḥajj, 147; Abū Dāwūd, Manāsik, 56)

Así, el verdadero sufismo consiste en aferrarse con fidelidad a estos dos pilares. Es una vía de educación del corazón que cultiva cualidades espirituales como el ijlās (sinceridad), taqwā (conciencia de Allāh), zuhd (desapego), Jushū‘ (humildad), tawba (arrepentimiento) y ridā (satisfacción con la voluntad divina). Al mismo tiempo, enseña a purificar el alma de enfermedades como la hipocresía, el orgullo, la arrogancia, la murmuración o la envidia.

No se trata de una educación para alcanzar visiones, poderes sobrenaturales o “karāmāt”.

Los descubrimientos espirituales o milagros no son medida del progreso interior.

De hecho, no se relatan muchos milagros visibles de Abū Bakr aṣ-Ṣiddīq ؓ aunque fue el mejor de los hombres después de los profetas. Su mayor milagro fue su amor, lealtad y obediencia total al Mensajero de Allāh ﷺ. Eso fue lo que lo elevó por encima de todos.

Por eso, los awliyā’ (amigos de Allah) nunca buscaron la fama ni se deleitaron en mostrar milagros. Más bien, los ocultaban por temor a la vanagloria. Se concentraron en vivir conforme al Qur’ān y la Sunna, pues ese es el mayor milagro.



Junayd al-Baghdādī dijo: “Si ves a alguien volando por el aire, pero su comportamiento no se ajusta al Libro y la Sunna, eso no es un milagro, sino un istidrāj (engaño del alma).”

Del mismo modo, Abū yazīd al-Bisṭāmī relató: “Un día, cuando me disponía a cruzar el río Tigris, las orillas se unieron para que pasara. Pero dije: ‘¡No caeré en la trampa! Por una moneda cruzan en barca, y tú me ofreces esto a cambio de mis treinta años de esfuerzos espirituales. No me interesa un milagro, busco a Al-Karīm (el Generoso)’.”⁶

Porque en verdad, lo que eleva a una persona ante Allāh no son los prodigios, sino su taqwā, como se afirma en el Qur’ān: “Ciertamente, el más noble de vosotros ante Allāh es el que tiene mayor taqwā.” (al-Hujurāt, 13)

TASAVVUF; ES PROTEGERSE DE LA NEGLIGENCIA CON EL ZIKR

Allāh Todopoderoso nos exhorta en el Qur’ān: ***“¡Oh vosotros que creéis! Recordad mucho a Allāh.”*** (al-Aḥzāb, 41)

Pide que Su siervo Le recuerde en todo momento y circunstancia, sin cesar. En otro versículo, dice:

6. Véase Attār, Tezkiretü’l-Evliyâ, p. 217, İlim ve Kültür Yayınları, Bursa 1984.



“Recuerdan a Allâh de pie, sentados y acostados de lado...” (Āl ‘Imrân, 191) Es decir, quiere que estemos en Su presencia en el corazón a cada instante.

El dhikr (recuerdo constante de Allâh) no se limita a los momentos de oración. La consciencia de estar con Él durante el ṣalât debe prolongarse más allá del ṣalât. Allâh, que jamás olvida a Sus siervos ni por un instante, quiere que Sus siervos tampoco Le olviden.

Nuestro amado Profeta ﷺ alentó a sus Compañeros a realizar dhikr en toda ocasión. Incluso, les concedía **awrad** (liturgias específicas) adaptadas a sus circunstancias⁷ y formaba con ellos **círculos colectivos de recuerdo**.⁸

Debido al peligro espiritual que supone vivir momentos sin dhikr, el Profeta ﷺ suplicaba: ***“¡Oh Señor! No me abandones a mi ego, ni siquiera por un parpadeo.”***⁹

Y también confesó: ***“A veces mi corazón se vela, y por ello pido perdón a Allâh cien veces al día.”*** (Muslim, Dhikr, 41; Abū Dāwūd, Witr, 26)

Esto muestra que no sólo es necesario arrepentirse de los pecados cometidos, sino también de aquellos

7. Véase Ibn Mâyah, Edeb 56; Bujârî, Fedâilu Ashâbu'n-Nabî 9, Deavât 11; Muslim, Zikr 79, 80.

8. Véase Ahmad, IV, 124.

9. Jâmi al-Sagîr, I, 58.



instantes vividos con olvido de Allâh. Pues para quien ha alcanzado el horizonte de la *ma‘rifatullâh* (conocimiento espiritual de Allâh), incluso el aliento tomado sin Su recuerdo es considerado un error.

En un hadîz se afirma: ***“Si un grupo se reúne y no menciona el nombre de Allâh, han cometido una falta. Quien camina por un camino sin recordar a Allâh, ha cometido una falta. Quien se acuesta sin mencionar a Allâh, ha cometido una falta.”*** (Aḥmad, II, 432)

El estado de ***“recordar a Allâh de pie, sentado o acostado”***, mencionado en el versículo citado, alude precisamente a este dhikr continuo. Son las tres posiciones que engloban la mayoría de los actos del ser humano. En otras palabras, ***se nos pide vivir en un estado de constante conexión espiritual con Allâh.***

Pero este dhikr no debe ser una mera repetición verbal. En la continuación del versículo, Allâh ﷻ dice:

“...Y reflexionan profundamente sobre la creación de los cielos y de la tierra...” (Âl ‘Imrân, 191)

Así, el dhikr aceptado ante Allâh es aquel que se acompaña de **contemplación**, de reconocimiento de la grandeza divina, de asombro ante Sus signos, y de la **humildad nacida de saberse siervo.**

De hecho, Allâh ﷻ describe a los verdaderos creyentes con estas palabras: ***“Los verdaderos creyentes son aquellos cuyos corazones se estremecen cuando se***

menciona a Allâh, y cuando se les recitan Sus versículos, su fe aumenta.” (al-Anfâl, 2)

Esto demuestra que un dhikr que no baja de los labios al corazón, que no despierta emociones ni sacude el alma, **no es dhikr verdadero**. El propósito del dhikr es que el corazón tome consciencia de Allâh y se una a Él.

Por ello, el progreso en el tasawwuf **no consiste solamente en aumentar las prácticas, lecciones espirituales o wirts**, sino en **refinar el corazón**, embellecer el carácter y permitir que las manifestaciones de la belleza divina (*yâlal* y *yâmâl*) se reflejen en la conducta.

Una persona que ha avanzado en sus prácticas espirituales, que ha dedicado tiempo y esfuerzo a la adoración, al recuerdo de Allah y a la purificación de su alma, debe mostrar un avance paralelo en su comportamiento hacia los demás. Este crecimiento interior no puede considerarse auténtico si no se traduce en una mayor bondad en el trato, en una ternura sincera, en una compasión que abraza incluso a quienes le fallan, y en una entrega generosa al servicio de los demás. También implica un espíritu de sacrificio que anteponga el bienestar ajeno al propio, cuando sea necesario, por el amor de Allah.

Una señal clara de esta madurez espiritual es el desarrollo de una paciencia firme ante las dificultades



y provocaciones, una comprensión amplia de las circunstancias y debilidades humanas, y una indulgencia que no se apresura a juzgar ni a condenar. La persona espiritualmente elevada aprende a perdonar con facilidad, a excusar con sabiduría, y a mirar a los demás con el deseo sincero de que reciban lo mejor de esta vida y de la otra, tal como lo desea para sí misma.

Por eso, el verdadero progreso en el camino espiritual no se mide solo por la cantidad de prácticas realizadas ni por la intensidad de las emociones vividas en la intimidad de la devoción, sino por el impacto visible de ese progreso en la conducta diaria, en la calidad de las relaciones humanas y en la profundidad de la misericordia que uno extiende al mundo que le rodea.

La vida del sufí consiste en vivir en **unión permanente con Allâh**, nutrida por el dhikr y bañada en su **fayḍ** (emanación espiritual). Como dijo Su Eminencia Sâmi Efendi –que Allâh santifique su secreto–:

“El tasawwuf es limpiar el corazón de todo lo que no sea Allâh, mediante el dhikr constante.”

Cuando esta consciencia florece en el corazón del creyente, también le permite **comprender los secretos de las pruebas** que Allâh le envía, y le otorga serenidad para afrontarlas.

Por ejemplo, ‘Omar ibn ‘Abdul-‘Azîz –que Allâh



“El ḥarām es un fuego. Sólo los que tienen el corazón muerto se acercan a él. Si quienes extienden sus manos a lo ilícito tuvieran el corazón vivo, sin duda sentirían el ardor de ese fuego.”

Así es: un creyente cuyo corazón está vivo con el dhikr de Allāh y protegido de la negligencia:

- No puede tocar lo ilícito, ni siquiera lo dudoso.
- Cuida su alma de lo que degrada su valor espiritual.
- No busca distracciones vanas ni cae en pasiones pasajeras.
- No desperdicia su vida en el egoísmo ni ensucia su libro de actos con impurezas.
- Al contrario, honra su existencia con obras justas y beneficiosas.
- Toma el Corán y la Sunnah como brújula para su vida.
- Realiza sus actos de adoración con *khuṣūʿ*, se esfuerza en servir a la causa de Allāh y asiste con entusiasmo a las asambleas de los piadosos.
- Y finalmente, cumple su misión terrenal como testigo de su Señor, dejando tras de sí un eco de virtud y una fragancia de bondad.

En cambio, un corazón descuidado, desprovisto del dhikr, está siempre al borde del abismo del pecado. Porque la negligencia es el terreno fértil donde crecen



las desobediencias. En cuanto este terreno se asienta, los pecados se cometen con facilidad, sin peso en la conciencia.

Por tanto, eliminar la distracción con el dhikr es la armadura más firme de la taqwā, y un poderoso escudo espiritual. Porque quien pronuncia **bismillāh** no tropieza a su hermano, y un corazón que dice “Allāh” no hiere el corazón de otro con espinas.

Así pues, **el tasawwuf es vivir con un corazón despierto, bajo la coherencia del iḥsān**; es estar conscientes de que estamos constantemente bajo la vigilancia de las cámaras divinas. Es tener como lema de vida que Allāh está con nosotros en todo momento y lugar; que está más cerca de nosotros que nuestra vena yugular. Es grabar con firmeza en el alma que incluso nuestros pensamientos más íntimos están expuestos ante Él, y que Él nos ve y nos oye siempre.

Que Allāh Todopoderoso nos conceda vivir en el horizonte del imān y el iḥsān. Que ilumine nuestros corazones con la luz de dhikrullāh (mención de Allah), de ma‘rifatullāh (conocimiento de Allah) y de ḥubbullāh (el amor de Allah), y que nos permita vivir una vida de servidumbre hermosa y aceptada ante Sus ojos.

¡Amīn!





TASAWWUF ES LA ELIMINACIÓN DE LAS INCLINACIONES DEL EGO Y EL PERFECCIONAMIENTO DE LA DIMENSIÓN ESPIRITUAL DEL SER...

Su Eminencia Abū'l-Hasan Harakānī
dice:

“Al igual que la oración y el ayuno son obligaciones cuya práctica es ineludible, también es necesario purificar el corazón de la arrogancia, la envidia y la codicia.

En particular, estar sometido a la arrogancia y al egocentrismo es como rociar veneno sobre el alma. Esto se debe a que la doctrina del tawhid —la unicidad absoluta de Allah— y atributos de Allah Todopoderoso como Al-Mutakabbir (El Soberbio) no admiten asociación alguna”.



TASAWWUF ES LA ELIMINACIÓN DE LA NAFSÂNIYYA Y LA MEJORA DE LA RÛHÂNIYYA...

Allah Todopoderoso, destacando la inmensa importancia de este asunto, jura siete veces consecutivas en el Sagrado Corán antes de declarar con majestuosa solemnidad: «Ciertamente, quien purifica su alma ha triunfado, y quien la corrompe la ha arruinado» (*Aṣ-Ṣams: 9–10*)

En nuestros días, la arrolladora invasión de una cultura global materialista, la constante incitación al egoísmo mediante la publicidad, las modas que fomentan el lujo y el despilfarro, así como el adoctrinamiento sutil pero persistente de los medios de comunicación y las redes digitales, han provocado una profunda erosión espiritual. Las almas se han contaminado, y los mundos del intelecto y del corazón se hallan en agitación. Se ha perdido la claridad entre los fines y los medios: en vez de comer y beber para fortalecerse en el servicio y obediencia a Allah, muchos han comenzado a vivir únicamente para satisfacer sus apetitos materiales, convirtiendo la existencia en un ciclo incesante de consumo.



Los corazones han quedado encadenados a este mundo efímero y las almas, sometidas a los caprichos de los deseos. Esta esclavitud espiritual ha derivado en crisis de sentido, en depresiones tanto individuales como colectivas. Finalmente, una visión de la vida desprovista de toda conciencia de lo eterno, que niega la existencia de una vida más allá de la muerte, ha envenenado las mentes y ha endurecido los corazones.

Por ello, en tiempos como los nuestros, el **tasawwuf** —la senda de la purificación interior y la educación espiritual— se vuelve más necesario que nunca. El sufismo es, en esencia, la pedagogía del alma: enseña la alabanza sincera, la gratitud profunda, la aceptación del decreto divino, el desprendimiento del mundo (*zuhd*), la verdadera riqueza que es la satisfacción interior (*qanâ'a*), y la firme convicción en la promesa de Allah. Es un camino que revela que la vida verdadera es la del Más Allá, y que libera el corazón del cautiverio de los deseos pasajeros, devolviéndolo a su estado natural de proximidad con su Señor.

TODO EN EL TASAWWUF, COMIENZA TRAS ENTENDER LA “NADA”

La lucha espiritual del **tasawwuf** consiste en limar las capas de la existencia ilusoria, del ego, del orgullo y de la arrogancia, hasta llevar al ser humano a la conciencia de su **propia nada** y de su **inexistencia ontológica** frente a la Majestad Divina.



Un ejemplo luminoso de ello lo hallamos en **Hadrat Shâh Naqshband**, el Sultán de los sultanes, uno de los ilustres **khwajagân** —los grandes sabios y guías espirituales. A pesar de su elevado rango, en los primeros años de su formación espiritual, limpiaba con humildad los caminos por los que pasaba la gente, servía a los enfermos, auxiliaba a los pobres y atendía incluso a animales heridos. Así manifestaba una humildad profunda y un desprendimiento total del yo. Sus propias palabras son testimonio de este estado:

*“El mundo es trigo, y yo soy la paja;
todo el mundo es sabio, y yo soy el necio;
todo el mundo es bueno, y yo soy el único malvado”*

De modo similar, **Hadrat Jâlid al-Baghdâdî** (f. 1827), a quien se conocía como “el Sol de los Soles”, acudió a la **tariqa** de **Hadrat ‘Abdullâh ad-Dahlawî** (f. 1824) buscando perfección espiritual. Sin embargo, su maestro no salió siquiera a recibirle, ni le asignó un lugar en el mihrab o en el púlpito. Lo primero que le encomendó fue limpiar los baños de la zawiya. Esta prueba no era una humillación gratuita, sino un método para quebrar la **anâniyya** —el egocentrismo— y educar en la conciencia de la nada.

También **Hadrat Azîz Mahmûd Hüdâyî** (f. 1628), antaño prestigioso cadî de Bursa, se sometió a un camino similar bajo la guía de **Hadrat Üftâda**. Se le vio vendiendo hígados por las calles, vestido con su



manto oficial. Esta sumisión y desapego de todo rango o dignidad mundana fue lo que lo elevó hasta convertirse en un **Murshid Kâmil**, un guía perfecto cuya influencia orientó incluso a los sultanes de su tiempo. Han pasado por la historia innumerables jueces, pero Hüdâyî permanece en los corazones desde hace cuatro siglos, precisamente por su realización de la verdadera humildad.

Sin duda, estos métodos de purificación interior, comunes a las distintas vías del tasawwuf, se inspiran en la **educación profética** y en el ejemplo vivo de los **Compañeros del Profeta** ﷺ.

Uno de ellos, Zayd ibn Tâbit, relata lo siguiente:

“Vi un día a ‘Omar, el emir de los Creyentes, vestido con una túnica remendada hasta diecisiete veces. Poco después volví a encontrarlo, caminando entre la gente con un cántaro de agua al hombro. Sorprendido, le dije: ‘¡Oh Amîr al-Mu’minîn!’ Me respondió: ‘Calla, Luego te explicaré’. Entró en casa de una anciana, vertió el agua en sus vasijas y regresó conmigo. Entonces me dijo: ‘Después de que te fuiste, vinieron delegados griegos y persas. Me elogiaron por mi conocimiento, virtud y justicia. Cuando se marcharon, percibí en mí una leve satisfacción egoica. Así que decidí hacer lo que viste, para quebrar el orgullo de mi alma’”. (*al-Ri-*



El camino del tasawwuf comienza cuando el ser humano reconoce su pequeñez, y coloca al *nafs* en su lugar. Es de esos corazones humildes que nacen las grandes virtudes.

Otro ejemplo elocuente de Sayyiduna ‘Omar ؓ lo narra Iyâs ibn Salama, de parte de su padre: “Un día, ‘Omar pasó por el mercado con un bastón en la mano. Me hizo a un lado con el bastón y me dijo: ‘¡No estorbes el paso a los musulmanes!’ El bastón apenas rozó la punta de mi manto. Al año siguiente me encontró y me preguntó: ‘¿Vas a hacer la peregrinación este año?’ Al responder afirmativamente, me tomó de la mano, me llevó a su casa y me entregó 600 dirhams. Me dijo: ‘Tómalos para tu viaje. Es mi compensación por el golpe del bastón’. Yo le respondí, sorprendido: ‘Oh Amîr al-Mu’minîn, ni siquiera lo recordaba’. Y él dijo: ‘Pero yo jamás lo olvidé’”. (Tabarî, *Târikh*, IV, 224)

Su eminencia Abû’l-Hasan Harakânî —que Allah esté complacido de él— decía: “***Los amigos de la Verdad que alcanzan las más altas estaciones lo hacen porque purifican su nafs, además de realizar sus obras con ijlâs (sinceridad)***” (Attâr, *Tezkire*, p. 622.)

Y añadía:

“Así como la oración y el ayuno son obligatorios y su cumplimiento es ineludible, igualmente es imprescindible erradicar del corazón la arrogancia, la envidia y la codicia”.



En efecto, este estado de humildad, de aniquilación del yo, de nulidad existencial ante la Grandeza divina, es el secreto que eleva a las cimas a todos los amigos de Allah. Por ello, los sabios han afirmado: **“¡Cuando tú te vas, tu Creador permanece!”**

Entre los hábitos más difíciles de arrancar del alma se encuentran el orgullo, la arrogancia y el culto al yo. Dijo Abû Hâshim aş-Sûfî, uno de los pioneros del sufismo: *“Es más arduo raspar del corazón una partícula de arrogancia que tallar una montaña con una aguja”*.

Y sin embargo, mientras no se logre esta depuración, no es posible avanzar verdaderamente en el camino espiritual ni alcanzar la perfección humana a la que aspira el mensaje divino.

En un hadîz auténtico se advierte: **“Quien tenga en su corazón un átomo de arrogancia, no entrará en el Paraíso”** (Muslim, Îmân, 147)

Desde esta perspectiva, el orgullo, la soberbia y el culto al yo son un cáncer espiritual que corroe el alma. El objetivo esencial de la disciplina sufí es poner fin al egoísmo, sellando el ego con la aniquilación del yo y proclamando con sinceridad: **¡Tú, oh Señor, y no yo!**

Los relatos de los estados espirituales de Mansûr Al-Hallâj —que ocupa un lugar especial en los corazones de los ascetas— son profundamente alecciona-



dores. Se cuenta que, cuando fue llevado a la horca, se le acercó Iblis y le dijo: Tú dijiste «ana» (yo) y yo también dije «ana». ¿Por qué entonces sobre ti llueve misericordia y sobre mí maldición?

Hallâj respondió: Tú dijiste «yo» en tono de superioridad frente a Adam y te llenaste de orgullo. En cambio, yo pronuncié «*Ana'l-Haqq*» desde la aniquilación, disolviendo mi existencia en la Verdad. Así como el río que se funde en el océano pierde su nombre y forma, yo también he anulado mi ego, sometiendo mi alma al Señor con total entrega.

Tu arrogancia reveló tu yo: ese es un signo del Infierno. Mi «yo» se disolvió en la Verdad: eso es la manifestación de la nada. Por eso, la misericordia descendió sobre mí, y sobre ti, la maldición.

Cuando Iblis —que la maldición de Allah sea sobre él— desobedeció el mandato de Allah Altísimo, se negó a arrepentirse. Su soberbia, orgullo y terquedad lo cegaron. En vez de reconocer su falta y buscar el perdón divino, persistió en su rebelión y fue así objeto de la maldición eterna.

Por el contrario, nuestros padres, Adam y Hawwâ, cuando cayeron en el error al probar del árbol prohibido, no buscaron excusas ni culparon a otro. Sino que, reconociendo humildemente su falta, suplicaron:



“¡Señor nuestro! Nos hemos agraviado a nosotros mismos. Si no nos perdonas y no tienes misericordia de nosotros, ciertamente seremos de los perdedores” (al-A‘râf: 23)

Con estas palabras, manifestaron la virtud del arrepentimiento sincero, y al volverse hacia su Señor con lágrimas y remordimiento, fueron cubiertos por el manto del perdón divino.

Este es, precisamente, el núcleo del *tasawwuf*: someter el ego ante la presencia de su Creador. Porque incluso en medio de la adoración, el *nafs* puede buscar alimentarse de sí mismo, encontrando satisfacción en su aparente virtud y menospreciando los defectos ajenos.

Shaykh Sâdî Shîrâzî narra una escena conmovedora en su *Gulistân*: “Una noche me hallaba junto a mi padre. No había cerrado los ojos ni soltado el Qur’án durante toda la noche, mientras que otros dormían a nuestro alrededor. Dije: ‘Ni uno solo se levanta a rezar dos rak‘ât de tahayyud; duermen como si hubiesen muerto’. Entonces mi padre frunció el ceño y me reprendió: ‘Hijo mío! Más valdría que tú durmieras como ellos, antes que murmurar sobre tus hermanos’.

Con esto, el sabio padre enseñó: ‘**Aquellos a quienes desprecias, aunque estén dormidos, no tienen sobre ellos registro de pecado alguno. Pero tú, que los menosprecias, has manchado tu libro con el pecado de la arrogancia y la calumnia’.**

Así de sutiles y peligrosas son las trampas del *nafs*, que incluso pueden disfrazarse de virtud y religiosidad. Quien diga «yo» con aires de superioridad, aun cuando ocupe un alto rango espiritual, ha abandonado el espíritu de la vía.

Una anécdota sobre el gran imam Ahmad ibn Hanbal lo ilustra con claridad. Un día, al regresar del mercado con su bolsa en la mano, un hombre se acercó para llevársela. Imam Ahmad rehusó, pero el hombre insistió: ‘¡Es nuestro deber servir a nuestros sabios!’

El imam respondió con sabiduría: ‘Si yo creyese ser uno de esos grandes por los que hay que cargar una bolsa, eso sería arrogancia, y prueba de que, en realidad, soy uno de los pequeños. Lo mejor es no verme como un grande y llevar mi propia carga. Porque en el Día del Juicio, cada cual llevará su propio peso, y nadie cargará con el de otro’.

Este es el secreto que elevó a tales hombres a la grandeza: su humildad, su nulidad ante la Verdad, su conciencia de la fragilidad del yo.

Hoy en día, sin embargo, duele ver cómo algunos guías —¡que Allah los guíe! —, atribuyéndose a sí mismos poderes, adoptan actitudes altivas, arrogantes y dominadas por el ego. Con ello, contaminan el camino que representan y ensucian la delicadeza y nobleza del sendero espiritual. Mas, como bien se ha



dicho: «**La corte no es propiedad del cadí**». El camino hacia Allah no pertenece a nadie. No es un trono ni un privilegio, sino una servidumbre.

TASAWWUF; ES LA UNIÓN CON LOS JUSTOS

El Sheij Sâdi ofrece un ejemplo elocuente de cómo la circulación de los estados espirituales puede transformar radicalmente la vida interior del ser humano. Dice:

“qitmîr, el perro de los jóvenes de la caverna, alcanzó un honor inmenso por el simple hecho de acompañar a los justos; su nombre quedó registrado para la eternidad en el Qur’ân al-Karîm. En cambio, la segunda esposa del profeta Nûh y la esposa del profeta Lût, pese a estar casadas con dos grandes mensajeros, fueron condenadas al Infierno porque sus corazones estaban unidos a los incrédulos. Ni siquiera la cercanía con profetas pudo salvarlas”.

En efecto, como señala el Imâm al-Ghazâlî, la compañía de los no creyentes, de los pecadores o de los inconscientes se convierte primero en una compañía mental, y esta, con el tiempo, se transforma en una compañía del corazón. Es decir, el alma humana, de manera gradual pero inevitable, es arrastrada hacia la ruina.

El gran maestro sufí Ubaydullah Ahrâr (m. 1490) también advirtió a sus discípulos sobre este peligro con las siguientes palabras: “Estar en compañía de ex-



traños y desconocidos causa desánimo en el corazón, desorden en el alma y miseria en el espíritu”.

Desde esta perspectiva, es impensable que un creyente que vive con taqwâ —consciencia reverente de Allah— busque voluntariamente la compañía de los ignorantes. La falta de sensibilidad en este aspecto puede conducir, paulatinamente, a la perdición eterna. Como advierte el hadîz del Profeta ﷺ: “La persona estará con quien ama” (Bujârî, al-Adab, 96).

Es decir, aquel con quien se vincula afectivamente, con quien convive y cuya compañía frecuente, será su compañero en la Otra Vida. Quien ama y se acerca a los justos, será contado entre ellos; y quien se vincula con los extraviados, compartirá su destino.

Así como las influencias negativas de los ignorantes endurecen y estrechan el corazón, las influencias luminosas de los justos lo expanden y lo vivifican. De hecho, innumerables beneficios espirituales pueden fluir del vínculo del corazón que se establece con los piadosos.

Por esta razón, Allah —altísimo sea— exhorta en el Qur'ân a los creyentes a acompañar a los veraces: “¡Oh vosotros que creéis! Temed a Allah y estad con los veraces” (at-Tawbah: 119).

Si prestamos atención, el versículo no dice “sed veraces”, sino “estad con los veraces”. Porque estar con



los sinceros es el camino más directo para alcanzar la sinceridad.

Ubaydullah Ahrâr comenta al respecto:

“La orden contenida en el versículo ‘estad con los veraces’ expresa una unión permanente. Al estar expresada en términos absolutos, esta unión abarca tanto la unión real como la unión espiritual. La unión real consiste en estar físicamente presente en las reuniones de los sâdiqîn con un corazón en paz. La unión espiritual, en cambio, se logra evocando sus estados, incluso en su ausencia.”

Sentir afecto por los justos, considerarse de los suyos aunque no se esté físicamente con ellos, y contemplar la vida desde su perspectiva, infunde una profunda vitalidad espiritual. Por ello, en el camino del tasawwuf, se ha concedido gran importancia a la râbita —el vínculo espiritual con los justos— como medio para asegurar esta conexión bendita.

UNIÓN SINCERA; RÂBITA

La râbita —ese lazo sutil que une los corazones— no es otra cosa que mantener vivo el amor en todo momento. De hecho, no existe ser humano en este mundo sin râbita. Todo corazón está inevitablemente conectado con otro: un padre con su hijo, un hijo con sus padres, los cónyuges entre sí, o un joven con aquella figura que admira y toma como modelo. Si estos vín-

culos existen de forma natural incluso en las relaciones mundanas y pasajeras, ¿cómo podría concebirse la ausencia de este vínculo en la espiritualidad?

El ejemplo más noble de rābīṭa, en su dimensión sufí, es el afecto sincero y profundo que unía a los Compañeros del Profeta ﷺ con el Enviado de Allah ﷺ. Aquella cercanía —el in‘ikās (reflejo) y el inṣibāgh (impregnación) de los estados del Profeta ﷺ en las almas de sus Compañeros— fue tal que sus corazones se impregnaron de sus luces. Por ello, eran capaces de decir con júbilo: “¡Que mi vida, mis bienes y todo cuanto poseo sean sacrificados por ti, oh Rasûlullah!” Consideraban cualquier sacrificio por Allah y Su Mensajero no una carga, sino un honor, un agradecimiento por el don de la fe.

El hadiz profético: “La persona estará con aquel a quien ama” (Bujârî, Adab, 96), no sólo definía su cercanía física, sino también su unión espiritual. Aun en la ausencia física del Profeta ﷺ, los Compañeros permanecían unidos a él en estado, acción, pensamiento y sentimiento. Esta unidad sentida les hizo merecedores de dones excepcionales por parte de Allah.

Un testimonio conmovedor de esta unión es el del mártir Jubayb ؓ, capturado por los idólatras en La Meca. En sus últimos momentos, elevó su mirada al cielo y dijo: “¡Oh Allah! No hay nadie aquí que pueda transmitir mi salâm al Mensajero de Allah... ¡Llévale Tú mi



saludo!” En ese mismo instante, el Profeta ﷺ, que se encontraba en Medina, respondió: “¡La paz sea también con él!” Los Compañeros, sorprendidos, preguntaron: “¿A quién le has devuelto el saludo, oh Rasûlullah?” Él respondió: “A vuestro hermano Jubayb. Jibrîl ha venido con su saludo.” (Bujârî, Jihâd 170; Maghâzî 10, 28; Wâqidi I, 354-363).

Otro ejemplo memorable ocurrió antes del Tratado de Hdaybiyya. El Profeta ﷺ envió a ‘Uzmân ibn ‘Affân como emisario a La Meca. Los idólatras le permitieron circunvalar la Ka’ba, pero él se negó con firmeza: “¡No puedo dar vueltas a la Casa de Allah mientras el Mensajero de Allah no lo haga! No me encuentro en un lugar donde Rasûlullah no es bienvenido.” (Aḥmad, IV, 324). Esta fidelidad fue respondida por el Profeta ﷺ con otra lealtad aún mayor: colocó su mano sobre la otra y declaró simbólicamente: “Esta bai‘a también es para ‘Uzmân.” Así selló, con una muestra de amor y confianza, el pacto espiritual.

Tal era el estado de los Compañeros: aunque sus cuerpos estuvieran separados del Profeta ﷺ, sus corazones vivían al unísono con el suyo. Y entre todos ellos, el vínculo más profundo, la rābiṭa más intensa, fue la de Abû Bakr aş-Şiddîq ؓ. Su apego al Profeta ﷺ era tan puro que una sonrisa del Amado le bastaba para entregar el mundo entero. Fue tal su sacrificio que el propio Profeta ﷺ reconoció: “Jamás me beneficié de la riqueza



de nadie tanto como de la de Abu Bakr...” (Ibn Māyāh, Muqaddimah, 11). Y este fiel amigo, con lágrimas en los ojos, respondió con humildad: “¿Acaso yo y mis bienes no somos tuyos, oh Rasûlullah?”

Abû Bakr se había convertido en un espejo nítido que reflejaba el corazón del Mensajero de Allah. Comprendía las sutilezas del Qur’án, los secretos de los hadices y los signos de los acontecimientos proféticos antes que nadie. Durante el hajj de despedida, mientras todos se alegraban con la revelación del versículo: “Hoy os he perfeccionado vuestra religión...” (al-Mā’ida: 3), él percibió que aquella perfección era preludio de la partida del Profeta ﷺ. Una tristeza profunda lo invadió, pues sentía la cercanía de la separación inminente.

En otra ocasión, al escuchar al Profeta ﷺ decir: “Un siervo fue dejado libre para elegir entre este mundo y lo que hay junto a Allah, y él escogió lo que hay junto a Allah”, Abû Bakr rompió en llanto. Él comprendió que ese “siervo” era el mismo Profeta ﷺ. Mientras los demás escuchaban sin captar el significado oculto, Abû Bakr sollozaba como una flauta herida por la ausencia. Nadie entendía por qué lloraba. Entonces el Profeta ﷺ, para consolarlo y honrarlo, declaró: “Hemos devuelto cada favor recibido con otro favor, excepto el de Abu Bakr. Él ha hecho tanto bien que sólo Allah le recompensará. Si tuviera que tomar a un amigo íntimo fuera de mi Señor, sería Abu Bakr; pero el lazo de hermandad islámica es lo que nos queda.”



Poco antes de su fallecimiento, el Profeta ﷺ mandó cerrar todas las puertas que daban acceso a la mezquita, excepto la de Abû Bakr. Y dijo: “Dejadla abierta, pues veo luz en la puerta de Abu Bakr”. Así, simbólicamente, declaró que la puerta de la proximidad espiritual al Profeta permanece abierta para quien se entrega con lealtad, amor, obediencia y sacrificio, como lo hizo el más veraz de los veraces, aṣ-Ṣiddîq.

En definitiva, râbîṭa —mantener fresco el amor en el corazón— es fortalecer el contacto interior con la cadena luminosa de los murshid kâmil, que llega hasta Rasûlullah ﷺ. Es vivir en presencia de los justos, aun en su ausencia, y beneficiarse espiritualmente de ese lazo invisible que une los corazones sinceros en el amor de Allah y Su Enviado.

CONMIGO EN YEMEN...

Si esta unión sentida con los amigos de Allah llega a coincidir con una unión exterior, entonces será “luz sobre luz”. No obstante, en el camino del sufismo, una mera cercanía física no es suficiente. Hay quienes, a pesar de estar a los pies de un *Murshid Kâmil*, no obtienen provecho alguno, debido a la dispersión de su atención o la frialdad de su corazón. En cambio, hay discípulos sinceros que, aunque vivan en tierras lejanas, son agraciados con bendiciones excepcionales por la profundidad de su amor, su respeto reverente,



su anhelo constante y su fidelidad hacia su guía espiritual.

En efecto, los grandes maestros han dicho: **“Quien está en Yemen está conmigo, y quien está a mi lado, está en Yemen”**. Así pues, lo esencial no es la proximidad física, sino la continuidad del estado de *râbîta* —es decir, esa unión sutil de corazón a corazón— sin importar dónde uno se halle.

Nuestro amado Profeta ﷺ también lo expresó de forma clara y profunda: “Los más cercanos a mí entre las personas son los piadosos que tienen taqwâ hacia Allah, sean quienes sean y estén donde estén.”¹⁰

La *râbîta*, método esencial en la educación espiritual del tasawwuf, ha sido blanco de críticas por parte de algunos, especialmente desde el siglo XIX, al punto de llegar a considerarla —erróneamente— como una cuestión de fe o incredulidad. Sin embargo, tal como se ha explicado, la *râbîta* no es otra cosa que un fenómeno natural, profundamente enraizado en la psicología del ser humano. Una *râbîta* bien entendida y correctamente practicada no afecta en absoluto al credo islámico (*‘aqîda*), y mucho menos lo contradice.

En este sentido, el gran maestro Hadrat Ubaydullah Ahrâr dijo: **“¿Por qué considerar que unir el**

10. Ahmad, V, 235; al-Haythamî, Majma al-Zawâid, Beirut 1988, IX, 22.



corazón con un creyente piadoso y sentir afecto por él es causa de incredulidad, mientras que aquel cuyo corazón está atado a los bienes mundanos y piensa constantemente en ellos no es tachado de incrédulo?”

Además, es sumamente probable que quienes no han enlazado su corazón con guías espirituales auténticos terminen siguiendo modelos erróneos, debido a la verdad ineludible de que **“la naturaleza detesta el vacío”**. De hecho, se ha dicho: **“Un corazón que no está ocupado por la verdad, inevitablemente se ocupará de la falsedad.”**

En otras palabras, *râbîta* significa mantener siempre vivo y fresco en el corazón el amor del discípulo (*murîd*) hacia su maestro (*murshid*), y esforzarse por imitar sus nobles acciones y sus bellos estados. Porque no sólo sus consejos y orientaciones son fuentes de beneficio y luz, sino que también lo es su amo. Y quien bebe de ese manantial con sinceridad, no tardará en ver florecer los secretos de la cercanía divina en lo más profundo de su alma.

TASAVVUF; NO ES UNA MERA FORMA, ES EL CAMINO DEL SEGUIMIENTO

Conviene detenernos brevemente en el tema de la fotografía, ahora que hablamos del beneficio espiritual que se obtiene al estar en compañía de los justos. Hoy día, con el auge de las tecnologías, el mundo parece

haberse convertido en un inmenso estudio fotográfico, y cada persona, en un fotógrafo.

Con dolor vemos que incluso en los momentos más sagrados —como al circunvalar la Ka’ba, durante el **waqf** en Arafat, o en la visita a la sagrada **Rawda**— muchos se distraen registrando imágenes y vídeos, perdiendo así el alma del momento.

Este tipo de ocupaciones, aunque puedan parecer inocentes, merman el **fayd** (flujo espiritual) y debilitan la presencia del corazón durante el culto.

Lamentablemente, esta distracción ha penetrado incluso en las reuniones espirituales. En lugar de entregarse con atención sincera, recogimiento, contemplación y conexión interior durante las sesiones de **sohba** (conversación espiritual), muchas veces presenciemos la presencia constante de cámaras, flashes y grabaciones. Tal vez se hace con buenas intenciones, como querer conservar un recuerdo de un instante espiritual. Sin embargo, cuando lo accesorio se convierte en prioridad, pierde su inocencia y comienza a ser un obstáculo. Como la medicina que, al ser consumida en exceso, deja de curar para convertirse en veneno, también este exceso visual puede volverse perjudicial para el alma.

No olvidemos que ya hay cámaras divinas grabando cada uno de nuestros movimientos, intenciones y pensamientos. Todo será presentado ante



nosotros en el Más Allá, sin omisión alguna. Como afirma el Noble Corán: ***“Quien haya hecho un átomo de bien, lo verá. Y quien haya hecho un átomo de mal, lo verá”***. (az-Zalzala, 7-8)

Lo esencial en la compañía y **râbîta** con los justos no es la forma externa ni la imagen aparente, sino la conexión íntima, espiritual, profunda.

Su Eminencia Sâmî Efendi expresó con sabiduría:

“En la râbîta no es necesario contemplar la imagen del murshid. Lo que se necesita es amor. Pues quien ama, siempre tiene ante sí la imagen de su amado —en el corazón.”

Las imágenes tienden a limitar la imaginación, esa facultad humana que puede volar hacia lo infinito, lo inmaterial, lo sagrado. Y además, es sabido el juicio del Islam sobre las imágenes representativas. Las fotografías no captan el **mazrûf**, el contenido interior del ser humano, sino apenas su **zâhir**, su envoltorio. Pero el camino del tasawwuf no es el camino de las formas (**şûrah**), sino el camino de la esencia, del carácter, del alma (**sîrah**).

Estar junto a los justos no es meramente estar junto a su imagen, sino impregnarse de su carácter, de su aroma espiritual, de su luz. Y si no se ha trazado un puente desde corazón a corazón, ningún medio arti-

ficial —por más elaborado que sea— podrá cumplir ese propósito. La verdadera imagen que permanece y beneficia es la que se graba en el interior, los recuerdos sublimes, las huellas que dejan en el alma los encuentros sinceros.

Como dijo bellamente el noble compañero ‘Alí :

“Permanece con la gente justa y sincera, siéntate con ellos para que su carácter y personalidad te impregnen, de modo que te echen de menos mientras vivas y te añoren cuando mueras.”

Que Allah Altísimo nos conceda la gracia de unir nuestros corazones con los corazones puros de Sus amados, que nos impregne de su nobleza, que nos vista con su moral, y que nos regale un corazón que recuerde, contemple y agradezca en cada instante. ¡Amîn!





EL CAMINO DEL CORAZÓN PURO...

Una persona que no ha refinado su corazón, por mucho conocimiento que adquiriera, seguirá siendo tosca. Si estudia medicina, puede volverse un carnicero; si es jurista, un opresor; si gobierna, un tirano; y si estudia religión, un fanático sin compasión.

El alma no purificada convierte cualquier ciencia en un instrumento de su ego. Por eso, en el camino espiritual, lo esencial no es solo aprender, sino educar el alma, pulir el corazón y vivir con humildad y taqwâ. Solo así el conocimiento se convierte en sabiduría y en beneficio para la creación, no un instrumento para los bajos intereses del ego...



EL CAMINO DEL CORAZÓN...

Allah, el Altísimo, creó al ser humano en la forma más hermosa y perfecta —”**ahsani taqwîm**”—, conforme a la naturaleza islámica (fitra). Sin embargo, como parte de la sabiduría de la prueba en este mundo, le otorgó un **nafs** capaz de inclinarse tanto hacia el bien como hacia el mal, hacia la **taqwâ** o hacia la transgresión (**fuÿûr**).

El obstáculo más difícil en este camino de servidumbre es, sin duda, el propio ego. Y solo mediante la **purificación del alma** (tazkiyatu n-nafs) y la educación espiritual (**tarbiya**) puede el ser humano elevarse de su condición terrenal a las cumbres de la excelencia.

Imâm al-Ghazâlî, que Allah santifique su secreto, dijo:

“El hombre es como la cera; puede tomar cualquier forma, sea noble o vil, dependiendo de su educación”.



Desde la infancia, la naturaleza humana muestra inclinaciones que pueden dirigirse hacia la compasión o la crueldad, según lo que reciba del entorno y del ejemplo. Por ello, el ser humano necesita urgentemente de una educación espiritual que corrija sus tendencias negativas y cultive sus virtudes.

Según el Imâm, en el interior del ser humano residen tres fuerzas fundamentales que modelan su comportamiento:

1. **Kuwwa ‘Aqliyya** – la fuerza de la razón
2. **Kuwwa Ghadabiyya** – la fuerza de la ira
3. **Kuwwa Shahwiyya** – la fuerza del deseo

Estas fuerzas pueden manifestarse de tres formas: **exceso (ifrât)**, **deficiencia (tafrît)** y **equilibrio (i’tidâl)**. El Islam, a través del Corán y la Sunnah, llama al equilibrio, alejando tanto del exceso como de la negligencia.

- Cuando la fuerza de la razón se excede, produce arrogancia y presunción; si es deficiente, lleva a la necedad. El equilibrio da lugar a la sabiduría (*hikma*) cuando el intelecto se somete a la luz de la revelación.

- La fuerza de la ira, cuando se desborda, se torna violencia y crueldad; si se apaga, degenera en cobardía. Su forma equilibrada es el coraje que se manifiesta en la defensa de la verdad con nobleza.



Un ejemplo glorioso es el de Sayyidunâ ‘Alî, que Allah ennoblezca su rostro. En medio de una batalla, cuando estaba a punto de vencer a su enemigo, este le escupió en el rostro. Y entonces, detuvo su espada. No luchaba por orgullo ni venganza, sino por Allah. No quiso que una pasión personal contaminara un acto de adoración. Así es el uso virtuoso de la fuerza sometida al espíritu.

- La fuerza del deseo, si no se modera, lleva al libertinaje; si se reprime indebidamente, genera rigidez y frustración. El punto justo es la castidad, la modestia y el recato, por los que el alma se embellece.

Así, muchas acciones exteriores pueden parecer iguales, pero su valor depende de la intención y del estado del corazón. Un mártir y un asesino derraman sangre, pero el primero lo hace por Allah y el segundo por el ego. Ambos comercian, pero uno lo hace con justicia y el otro con usura. Ambos se unen a una mujer, pero uno lo hace dentro del marco del matrimonio bendecido y el otro mediante la fornicación prohibida.

Allah  dice en el Corán:

“Y aquellos que dicen: ‘¡Señor nuestro! Concédenos de nuestras esposas y descendencia lo que sea alegría para nuestros ojos, y haznos líderes de los piadosos.’” (al-Furqân: 74)



La diferencia entre virtud y crimen, entre luz y tinieblas, reside en el alma: si ha sido educada o no. Por eso, **el propósito del tasawwuf** es llevar al ser humano desde el desorden de sus pasiones hacia el equilibrio noble (*i'tidâl*) que agrada a Allah. Sin esta educación interior, incluso el conocimiento más elevado puede convertirse en un arma al servicio del ego, como vimos antes.

Los profetas fueron enviados como los mejores educadores de la humanidad. En tiempos de ignorancia y corrupción, Allah envió a Sus Mensajeros para refinar corazones, formar caracteres y transformar a hombres y mujeres comunes en estrellas que iluminaron la historia con virtud. Así nace la verdadera civilización: no con conquistas exteriores, sino con la victoria del alma sobre el ego.

LAS TRES TAREAS DE LOS PROFETAS

Allah, el Altísimo, dice en el Noble Corán:

“(¡Oh humanidad!) Ciertamente os hemos enviado un Mensajero de entre vosotros, que os recita Nuestros versículos, os purifica y os enseña el Libro y la sabiduría, y os instruye en aquello que no sabíais.”

(al-Baqarah: 151)

En este versículo, el Señor de los mundos expone con claridad los tres pilares fundamentales de la misión profética de **Rasûlullâh** ﷺ:

1. **يَتْلُوا عَلَيْكُمْ أَيْتَانَا** – “*Os recita Nuestros versículos*”: es decir, transmite la revelación, predica la fe y convoca a la humanidad al camino de Allah mediante Su Palabra.

2. **وَيُزَكِّيكُمْ** – “*Os purifica*”: limpia los corazones de toda impureza espiritual —como el shirk, la incredulidad, la hipocresía, la soberbia y la envidia— cultivando en ellos la sinceridad (*ikhhlâs*), la taqwâ, la humildad y la serenidad del alma.

3. **وَيُعَلِّمُكُمُ الْكِتَابَ وَالْحِكْمَةَ** – “*Y os enseña el Libro y la sabiduría*”: es decir, tras la purificación espiritual, capacita al creyente para penetrar en los secretos del Corán, comprender las verdades sutiles de la existencia y contemplar la sabiduría divina en el universo y en los acontecimientos de la vida.

La invitación del Profeta ﷺ comenzó con la recitación de la revelación, pero esa fue solo la puerta de entrada. El objetivo más alto de su misión fue conducir a los corazones hacia **la realización del tawhîd**, purificándolos de los ídolos internos y adornándolos con la luz de la fe. El llamado a la unicidad de Allah no alcanza su plenitud sino cuando el alma es purificada de las enfermedades del ego.

Sayyidunâ Abû l-Hasan al-Haraqânî, que Allah tenga misericordia de él, dijo:



“Si una chispa cae en tu ropa, te apresuras a apagarla. Pero ¿cómo puedes permitir que en tu corazón habite un fuego que consumirá tu religión, como la soberbia, la envidia o la hipocresía?”¹¹

La verdadera *tazkiya* (purificación) consiste en filtrar cada emoción a través del crisol de la fe, y embellecer el alma hasta que sea digna de la cercanía divina. Según Ibn ‘Abbâs عليه السلام, cuando el Corán menciona la “purificación”, uno de sus significados es la proclamación del tawhîd mediante la fórmula: ***“Lâ ilâha illâllâh”***¹². Pues esta palabra, que es la llave del Islam, comienza con **la negación: “Lâ ilâha”** —eliminando del corazón todo apego idolátrico, toda pasión egoica. Luego viene **la afirmación: “illâllâh”** —llenando ese espacio purificado con la luz del Único digno de adoración.

Lo expresó bellamente un poeta:

*“Expulsa de la lengua a los detractores,
para que se manifieste la Verdad;
El sultán no entra al palacio hasta que
el palacio esté en orden...”*

En otras palabras: **limpia el palacio del corazón de todo lo que no sea Allah**, pues un corazón sucio no será visitado por el Rey de los reyes. Sólo después de esa purificación profunda el alma queda preparada

11. Harakânî, *Nûru’l-Ulûm*, p. 239.

12. Qurtubi, *al-Jâmi*, XX, 22.



para recibir la enseñanza del Corán, entender sus mandatos y saborear su sabiduría. Sin un corazón limpio, el Libro de Allah permanece sellado para quien lo lee sólo con los ojos, pero no con el alma.

Decía Sayyidunâ ‘Uzmân, que Allah esté complacido con él: ***“Si vuestros corazones estuvieran verdaderamente puros, no os cansaríais jamás del discurso de Allah”***. (Ali al-Muttaqî, *Kanz al-‘Ummâl*, II, 287/4022)

Así, el recorrido del alma hacia Allah se construye en tres etapas:

1. **Purificar el interior** de ideas desviadas y pasiones ruines.
2. **Adornarse con la creencia auténtica y el buen carácter.**
3. Y finalmente, **ser receptáculo de la sabiduría divina**, captando los mensajes ocultos tras los hechos, las palabras y los destinos.

Esta es la obra que emprende el tasawwuf: continuar, en la medida de lo posible, la función profética de limpiar, educar e iluminar a los corazones, guiándolos hacia el encuentro con su Creador.

CONOCIMIENTOS INÚTILES

También resulta especialmente significativo que el Corán mencione **la purificación del alma** junto con **la enseñanza del Libro y la sabiduría**. Esta dis-



posición no es meramente estilística, sino que expresa una verdad esencial: **un corazón que no ha sido purificado no está capacitado para recibir el conocimiento en su dimensión real**, y aquello que cree haber adquirido no le aportará beneficio alguno en el camino hacia la salvación eterna.

Por ello, el Profeta Muḥammad ﷺ suplicaba:

“¡Oh Allah! Me refugio en Ti del conocimiento que no beneficia, del corazón que no se conmueve, del alma que no se sacia y de la súplica que no es escuchada”. (Muslim, Dhikr, 73)

Un conocimiento que no va acompañado de purificación interior se convierte en un peso muerto, o incluso en un arma peligrosa. Una persona que no ha desarrollado su corazón y que permanece atrapada en la tosquedad de su nafs, podrá almacenar saberes, pero seguirá siendo espiritualmente inmadura. Con esa inmadurez, podrá destacar en las ciencias del mundo:

— Si se hace médico, quizás no cure a los enfermos, sino que trafique con órganos humanos para saciar su avaricia.

— Si se convierte en jurista, tal vez no imparta justicia, sino que dirija una red de corrupción o se convierta en el verdugo de los inocentes.

— Si llega al poder, puede transformarse en símbolo de la tiranía.

— Y si estudia ciencias religiosas sin taqwâ ni temor de Allah, terminará por ofrecer una interpretación desalmada de la religión, vacía de misericordia y alejada del espíritu profético.

Pues, como bien señaló **Mawlânâ Rûmî**:

“Enseñar conocimiento a quien carece de moral es como entregar una espada a un bandido”.

El conocimiento, en manos de un alma no refinada, no es luz sino oscuridad. Se convierte en un velo de negligencia que aleja del Creador en lugar de acercar al siervo a Su presencia. Por eso, **el verdadero aprendizaje no consiste en acumular información en la mente**, sino en iluminar el corazón y elevar la conciencia mediante una educación espiritual que purifique, transforme y embellezca el alma.

Rûmî también decía: *“Son muchos los sabios que no han alcanzado la sabiduría. Han memorizado datos y tragado libros, pero no se han convertido en amigos íntimos de Allah”.*

La finalidad del conocimiento no es detenerse en la forma de las cosas, sino **trascender lo aparente para llegar al reconocimiento del Poder Supremo que rige el universo**, y contemplar así los secretos y las sabidurías divinas. Por eso, Mawlânâ describía su propio camino espiritual con estas tres etapas simbólicas:



“Estaba crudo” —cuando dominaba las ciencias externas pero no conocía el sabor de la cercanía divina.

“Estaba cocido” —cuando comenzó a contemplar los secretos del universo en el clima de su corazón.

“Estaba quemado” —cuando ardió en el fuego del amor divino y alcanzó el grado de *ma‘rifatullâh*, el conocimiento íntimo de Allah.

Por otra parte, una persona cuyo corazón no se ha alineado con el Qur’ân y la Sunna **no encontrará beneficio real en sus actos, por nobles que aparenten ser.** Así lo expresó Sayyidunâ ‘Alî, que Allah ennoblezca su rostro: ***“Una sombra torcida no puede proyectar rectitud.”***

Los actos y comportamientos externos son reflejo del estado interior. **Una regla torcida no puede trazar líneas rectas,** y un corazón turbio no puede producir una conducta luminosa ni virtudes auténticas. Cada recipiente derrama aquello que contiene: **de un corazón impuro no brotarán jamás actos puros.**

Por el contrario, **la belleza, la sinceridad y la limpidez del mundo interior del siervo son las condiciones para que se manifiesten sobre él las gracias, misericordias y bendiciones de su Señor.** Cuando el alma se purifica y se embellece con la luz de la fe,

entonces el conocimiento se convierte en sabiduría, y las acciones se llenan de baraka.

La siguiente parábola es un ejemplo ejemplar de esta verdad:

JARDÍN DE GRANADAS

Se cuenta que Nûshirwân, célebre en la historia por su rectitud y equidad, se encontraba un día de cacería cuando se apartó de sus acompañantes y llegó a un jardín. En él se encontraba un joven, a quien se dirigió diciendo:

—¿Podrías darme una granada?

El joven accedió y le entregó una. Nûshirwân la abrió, y al exprimir sus granos, brotó de ellos una abundante y refrescante agua. Su sabor le resultó tan exquisito que quedó cautivado, embelesado por la dulzura del fruto. En su interior pensó:

—Un jardín que da frutos tan deliciosos debería pertenecerme... Voy a comprar este huerto.

Movido por ese deseo, pidió otra granada. Pero esta vez, la fruta resultó seca, insípida y agria. Intrigado, le preguntó al joven la razón de tal diferencia. El muchacho, con una agudeza y clarividencia sorprendentes, respondió:



—Mi Sultán, presiento que en su corazón ha surgido una inclinación hacia la injusticia. Tal vez ha considerado arrebatarme este huerto valiéndose de su poder...

Estas palabras impactaron profundamente a Nûshirwân. Al instante, abandonó su intención, se arrepintió sinceramente de aquel pensamiento y purificó su interior. Acto seguido, pidió una nueva granada. Esta vez, la fruta era aún más dulce y jugosa que la primera. Asombrado por este cambio, preguntó al joven por la sabiduría detrás de lo ocurrido. El joven respondió:

—Creo que se ha arrepentido sinceramente de aquella mala intención, y eso ha cambiado el curso de las cosas.

Relatan que, tras esta y otras experiencias similares, Nûshirwân recobró plena conciencia de sí mismo. Eliminó todo rastro de injusticia en su trato con los demás, se volvió meticuloso en la aplicación de la ley y se entregó sinceramente a la justicia. De ahí que su nombre quedara vinculado para siempre a la equidad y al bien común.

Fue tal su integridad que, al morir, su féretro fue llevado en procesión por todo el país mientras un pregonero proclamaba:

—¡Aquel que tenga algún derecho contra nosotros, que venga a reclamarlo!

Nadie se presentó a exigir nada, ni siquiera lo equivalente a un solo dirham. Así fue como Nûshirwân dejó tras de sí una herencia de justicia y rectitud.

Este relato nos muestra que aquellos cuyo corazón está limpio y embellecido por la sinceridad dejan siempre tras de sí huellas de bondad y recuerdos luminosos.

Pues, como enseñó el Mensajero de Allah ﷺ: “Ciertamente, Allah no mira vuestros cuerpos ni vuestras apariencias, sino que mira vuestros corazones.” (Muslim, Birr, 33; Ibn Mājah, Zuhd, 9)

Es decir, el valor de una persona ante Allah depende de la pureza de sus intenciones y la sinceridad de su interior.

La Providencia divina se manifiesta en función de los pensamientos, deseos y orientaciones del corazón. Cuando el corazón está limpio, Allah lo colma con bendición, rectitud y éxito; pero cuando se oscurece por la codicia o la injusticia, incluso los frutos se tornan amargos.

El siguiente incidente es un ejemplo que esclarece lo mencionado:



EL SULTÁN ALPARSLAN EXAMEN DE CONCIENCIA...

En la víspera de la histórica batalla de Malazgirt, en el año 1071, el gran comandante musulmán Alparslan no se revistió con ornamentos de gloria ni se dejó seducir por el brillo del poder. Se presentó ante su ejército ataviado con ropas blancas, símbolo del sudario, y con voz firme declaró:

—¡Esta es mi mortaja! No vengo a buscar fama ni conquista, sino el encuentro con mi Señor como mártir.

Antes de lanzarse al campo de batalla, pronunció un discurso tan sincero como imponente, rebotante de fe y certeza:

—O bien alcanzaré la victoria y cumpliré mi propósito, o bien, si caigo en combate, entraré en el Paraíso como mártir. Aquel que desee seguirme, que lo haga; y quien prefiera marcharse, que lo haga libremente. Hoy no hay aquí ni sultán ni súbditos; hoy, yo soy uno de vosotros. Quien combata por Allah y caiga, obtendrá el Paraíso; quien sobreviva, será honrado como veterano. Pero quien abandone esta lucha, hallará la humillación en este mundo y el castigo en el Más Allá.

Esta entrega absoluta, despojada de toda ambición terrenal, fue respondida por Allah con una vic-



toria extraordinaria. Alparslan, con un ejército cinco veces menor, derrotó a Romen Diógenes y selló una de las victorias más decisivas en la historia del islam.

Pero como toda alma sincera es puesta a prueba, también Alparslan tuvo su examen final.

Un año después, en 1072, mientras marchaba hacia Mâverâünnehir para defender la fortaleza de Hana en las orillas del río Amu Darya, cayó víctima de una traición. El comandante del castillo, Yûsuf al-Jwârazmî, adepto de una secta desviada, fingió rendirse y, al ser llevado ante el sultán, lo apuñaló con una daga envenenada. Alparslan fue herido de muerte, y sus últimas palabras fueron una lección eterna:

—Siempre que mi corazón se dirigía al enemigo, me refugiaba en Allah, buscando Su auxilio. Pero ayer, al contemplar la inmensidad de mi ejército desde una colina, sentí que la tierra temblaba bajo mis pies. Y por un instante, el pensamiento cruzó mi mente: “Soy el soberano del mundo, ¿quién podría vencerme?”.

Por ese fugaz momento de vanidad, Allah me castigó con un siervo sin valor. Este es el precio de un solo instante de descuido. Pido perdón a Allah por ese pensamiento, por mis errores pasados y por lo que haya de impuro en mi corazón...

Lâ ilâha illâllâh, Muhammadu'r-Rasûlullâh.



Este testimonio, brotado en los últimos alientos de un mártir, nos recuerda una verdad fundamental: **el corazón es el lugar donde se posa la mirada divina**, y por ello debe estar siempre limpio, vigilado y lleno de sinceridad.

Si el corazón, se ve turbado por pensamientos egoístas, por un ápice de orgullo o una sombra de deseo mundano, pierde su luz ante Allah. Por eso, el **camino del tasawwuf** —el arte de purificar el alma— tiene como objetivo formar un corazón estable, constante en la presencia de Allah, libre del engaño del ego y de todo aquello que no sea Él.

Antes de cultivar los frutos del bien, hay que arrancar las raíces del mal. Como bien establece una regla de *al-Mayalla*:

“Daf’u’l-mafâsid muqaddamun ‘alâ yâlbi’l-manâfi”

“La eliminación del daño precede a la obtención del beneficio”

Así como una herida no puede sanar sin limpiarse primero del pus y la infección, así también el corazón no puede llenarse de luz si no se purifica de sus tinieblas interiores. Sólo entonces, cuando el corazón esté limpio, podrá recibir el perfume del amor divino y ser digno del auxilio de Allah, como lo fue el corazón del mártir Alparslan.

TAJALLÎ, TAḤALLÎ, TAÿALLÎ

El camino de la monumentalización espiritual en el tasawwuf se resume en la siguiente frase:

“ٱلتَّخْلِي ثُمَّ ٱلتَّحْلِي ثُمَّ ٱلتَّجَلِّي”

Todo viaje hacia Allah comienza con una limpieza interior profunda y culmina en la contemplación amorosa del Amado. El camino espiritual, tal como lo enseñan los maestros del tasawwuf, se despliega en tres fases esenciales que transforman el corazón desde su estado natural hasta convertirlo en un receptáculo de luz divina.

La primera etapa es *tajallî* o *tajliyah*: vaciar el corazón de toda impureza espiritual. Es el proceso de desarraigar del alma todo lo que separa del Creador: la idolatría sutil, la incredulidad, la hipocresía, la soberbia, el orgullo, la envidia, la ostentación, el rencor y demás enfermedades del alma. Esta purga no es un acto superficial, sino una cirugía espiritual que limpia las profundidades del ser y lo prepara para recibir la verdad.

La segunda etapa es *tahallî* o el embellecimiento del corazón mediante las nobles virtudes y las buenas obras que atraen el amor de Allah y hacen que el siervo se vuelva amado por su Señor. Entre estas cualidades se destacan la sinceridad, la generosidad, la compasión, el servicio desinteresado, la dulzura en el



trato, la delicadeza espiritual, la humildad, el sacrificio por los demás, y la devoción en los actos voluntarios —los *nawâfil*— que se suman a las obligaciones prescritas. Son estos adornos los que embellecen al corazón y lo hacen digno de las miradas divinas.

La tercera etapa es *tayâllî*, es decir, las manifestaciones del favor divino. Cuando el corazón ha sido limpiado y embellecido, comienza a recibir luces y secretos. Desarrolla una sensibilidad espiritual profunda, y se eleva hacia las cumbres de *ma‘rifatullâh* (el conocimiento de Allah) y *mahabbatullâh* (el amor a Allah). Estas son estaciones elevadas, que no se alcanzan por esfuerzo solamente, sino por la gracia de Allah que desciende sobre los corazones puros, sinceros y sumisos.

Allâhu ta‘âlâ no deposita los secretos de Su grandeza, ni las perlas de sabiduría que resplandecen en el Qur’ân y en el universo, en cualquier corazón. Él reserva estas luces para aquellos que se han purificado y han demostrado fidelidad, humildad y rendición.

Así, el corazón que atraviesa estas estaciones y persevera en la senda de la sinceridad es agraciado con manifestaciones espirituales singulares, nutridas por la confianza (*tawakkul*) y la sumisión (*taslîmiyyah*) a su Señor.

¡ALLAH BASTA!

Entre las enseñanzas sublimes que el Mensajero de Allah ﷺ transmitió a su comunidad, se encuentra una historia llena de luz que fue narrada por Abu Hurayra . En ella se revela cómo la sinceridad, el tawakkul (confianza absoluta en Allah) y la fidelidad a los principios de la Shari'a pueden obrar milagros, y cómo Allah, en Su infinita generosidad, respalda los corazones puros que se apoyan solamente en Él:

Un hombre de entre los Hijos de Israel pidió un préstamo de mil dinares a su amigo. Este le dijo: «Tráeme testigos, para que puedan dar fe de la transacción». El hombre respondió: «¡Allâh es suficiente como testigo!». Entonces el otro añadió: «Entonces, al menos trae un garante». Y el hombre, con serenidad y firmeza, contestó: «¡Allâh es suficiente como garante!».

Ante la sinceridad de sus palabras, el acreedor dijo: «Has dicho la verdad», y le prestó el dinero hasta un plazo convenido.

El deudor partió por mar, cumplió con su cometido y, llegado el tiempo de devolver lo prestado, buscó con empeño una embarcación para regresar. Sin embargo, no halló ningún barco. Con el corazón firme en su compromiso, tomó entonces un trozo de madera, lo ahuecó cuidadosamente, colocó en su interior los mil dinares y una carta en la que decía:



«Cuando me pidió un garante, dije: “Allâh es suficiente como garante”, y se complació contigo. Cuando me pidió un testigo, dije: “Allâh es suficiente como testigo”, y se complació contigo. Hoy, al no hallar un barco que me lleve hasta él, te encomiendo esta deuda, oh Señor mío».

Selló el hueco, alisó la superficie del madero y, confiando plenamente en el poder de su Señor, lo arrojó al mar.

Por otro lado, el acreedor esperaba ansiosamente la llegada de su amigo o de alguna embarcación. Al divisar aquel trozo de madera flotando en la orilla, lo recogió pensando usarlo como leña para su hogar. Pero al partirlo, halló en su interior el dinero y la carta que confirmaba lo que su corazón ya intuía.

Tiempo después, el deudor encontró finalmente un barco. Al llegar, llevó consigo otros mil dinares para saldar su deuda. Al encontrarse con el acreedor, le explicó: «Busqué sin cesar un barco para traerte tu dinero, pero no encontré ninguno hasta ahora». El acreedor preguntó: «¿Me enviaste algo antes de embarcarte?» Él respondió: «Sí, confié el dinero a Allah y lo lancé al mar». El acreedor sonrió y dijo: «Allâhu ta‘âlâ me hizo llegar lo que enviaste en ese trozo de madera y pagó tu deuda por ti. Ahora, toma este dinero que has traído, y regresa en paz». (Bujârî,



¡He aquí una de las formas más asombrosas en que se manifiesta la ayuda divina! Cuando un corazón está limpio, una intención es sincera, y una acción se fundamenta en el tawakkul, Allah mismo toma a Su cargo el resultado de los actos.

Esta historia no es solo una anécdota piadosa; es un reflejo del estado espiritual que buscan alcanzar aquellos que han recorrido con sinceridad el camino del tasawwuf. Quienes han pulido sus corazones con la disciplina interior, y han aprendido a vivir en presencia de Allah —*ma'iyyatullâh*—, son testigos de manifestaciones extraordinarias que trascienden la lógica mundana. No porque las busquen, sino porque Allah las otorga como un regalo a los corazones puros y fieles.

Sin embargo, lo verdaderamente admirable en este relato no es solamente el milagro, sino el hecho de que el hombre, aun después de haber confiado su deuda a Allah, siguió buscando un barco para cumplir su deber. Pues entendía que el tawakkul no es abandono, sino actuar con responsabilidad sin perder la confianza en el Sustentador.

Esto nos enseña que la Sharí'a es el eje inmutable de toda brújula espiritual. Cualquier elevación en los niveles de *tariqa*, *haqîqa* o *ma'rifa* no tiene valor ni validez si no está edificada sobre la base firme de la ley revelada. El signo más claro de los verdaderos sufíes,



sin importar cuán alto hayan ascendido en lo espiritual, es su apego riguroso y delicado a las enseñanzas de la Sharî‘a.

Como dijo uno de los sabios:

“Toda estación espiritual, si no está amarrada al barco de la Sharî‘a, se pierde en el mar del ego”.

AL-MURSHID AL-KÂMIL

Allah Todopoderoso ha presentado a la humanidad el modelo humano perfecto en la figura de Su Mensajero ﷺ, quien encarna en su forma más completa y elevada la excelencia de la creación. Por ello, nuestro guía supremo, nuestro ejemplo más luminoso y nuestro murshid por excelencia es, sin duda alguna, el Profeta de Allah ﷺ.

Sin embargo, entre las funciones proféticas que le fueron encomendadas —la recitación de los versículos, la enseñanza de lo lícito y lo ilícito, y la purificación de las almas—, las dos primeras han sido continuadas por los sabios eruditos de la Ummah; mientras que la función de *irshâd* —guiar, refinar el alma y sanar los corazones— ha sido heredada y llevada a cabo, generación tras generación, por los *Murshidun Kâmilûn*, los maestros realizados en el camino espiritual.

El gran comentarista del Corán, Ismâ‘îl Haqqî al-Bursawî, comenta sobre el noble versículo:



“Buscad un medio para acercaros a Allâh”
(al-Mâ'idah, 35), diciendo:

“Este versículo ordena con claridad absoluta buscar un medio. Esto es imprescindible. La llegada a Allâh —*al-wusûl ilâ Allâh*— sólo puede lograrse a través de ese medio. Y esos mediadores son los sabios de la verdad y los maestros perfectos”. (*Rûh al-Bayân*, IV, p. 543)

Así como el sabio religioso es el medio por el cual el estudiante se forma en los asuntos del *zâhir*, los maestros completos cumplen un papel equivalente en el mundo interior: son quienes guían al alma por los senderos del *bâtin*, enseñando la sinceridad, la humildad, la conciencia de Allah, el recogimiento interior y el estado de excelencia —*ihsân*—.

Por tanto, quien presente carencias en su práctica externa, debe sentarse a los pies de los sabios piadosos para corregir su conducta conforme a la Sharî'a. Y quien reconozca deficiencias en su mundo interior, debe acudir a los *ârifûn billâh*, los hombres de taqwâ y realización espiritual, cuyas palabras son medicina para los corazones y guía para los extraviados.

La mayor necesidad del ser humano es atravesar con salvación las pruebas de esta vida y alcanzar la Verdad. En este camino, los *awliyâ'* —los amigos íntimos de Allah—, que conocen tanto a las criaturas como al Creador, son uno de los medios más



preciosos concedidos por el Altísimo. Porque ellos tienden puentes entre el cielo y la tierra, entre el corazón humano y el Amor divino. Sirven como enlaces vivientes entre la revelación y la humanidad, entre la Misericordia de Allah y los corazones necesitados.

El difunto maestro Yaman Dede —que había nacido cristiano y abrazó el Islam por medio de la obra y el espíritu de Mawlânâ— solía decir cuando se le preguntaba por qué hablaba tanto del *Masnavî*:

“Hijo mío, Mawlânâ me tomó de la mano y me condujo hasta la puerta del Profeta ﷺ. Fue él quien fue decisivo en mi guía. ¿Cómo no recordar una y otra vez a quien me salvó del fuego?”

Este testimonio resume la esencia de lo que significa un verdadero *murshid*. Son herederos del Profeta, faros vivientes que reflejan su luz y continúan su labor de *tazkiya*, de purificación y transformación. Son la cima de la guía profética desplegada a lo largo del tiempo, ejemplos vivos de la *sunnah* interior y exterior.

En tiempos donde se ha perdido el contacto directo con el Mensajero ﷺ y sus nobles compañeros, los maestros perfectos son modelos humanos accesibles. Su guía, basada en misericordia, sabiduría y ejemplo, es una extensión espiritual de la luz profética. Por eso, el servicio que prestan consiste en continuar la labor de los profetas: despertar, elevar y purificar.



En este sentido, el **tasawwuf** es una escuela viva donde el alma se pule, el ego se disciplina y el corazón se purifica bajo la tutela de los herederos espirituales del Profeta. El camino de **sayr wa sulûk** no es sino el esfuerzo sincero de ingresar en esta escuela y caminar paso a paso hacia la madurez espiritual, hasta volverse un verdadero ser humano, conforme a lo que Allah ﷻ ama y Su Profeta ﷺ mostró.

SENSIBILIDAD HACIA LA SUNNA

La característica más excelsa y la señal más luminosa de los verdaderos **murshid** reside en su absoluta devoción y escrupulosa obediencia al Mensajero de Allah ﷺ. Su distinción no radica simplemente en palabras o apariencia, sino en la fidelidad meticulosa al Noble Qur'ân y a las enseñanzas del Profeta ﷺ. Este compromiso no se limita a su vida personal, sino que se refleja también en la educación que imparten a sus discípulos, a quienes cultivan con la misma delicadeza y sensibilidad.

Por tanto, no es concebible que alguien que descuida la Sunna o incurre en negligencias o compromisos con respecto a ella pueda ser considerado un **murshid kâmil**, un guía perfecto.

Un suceso de la vida de Abū yazîd al-Bistâmî, uno de los grandes **awliyâ** y **murshidîn**, ilustra de forma elocuente esta verdad. Cierta vez, se dirigía con sus dis-



cíbulos a visitar a un hombre considerado por muchos como un **walī**. Cuando este salió de su casa rumbo a la mezquita, escupió en dirección a la **qibla**. Al ver tal acto, Abū Yazīd se sintió profundamente turbado por la falta de reverencia y, sin dirigirle siquiera el saludo, dio media vuelta. A sus discípulos les dijo:

“Quien no respeta siquiera uno de los modales enseñados por Rasūlullāh ﷺ no es digno de que se le confíen los secretos de Allah.”

Así era la sensibilidad de los primeros piadosos. Los **Sahāba** mismos, que fueron moldeados por la luz profética, mostraron una rigurosa atención en estos asuntos. En efecto, se cuenta que algunos compañeros viajaron durante un mes entero para confirmar un hadiz que ya conocían. Sin embargo, al llegar al narrador y observar que engañaba a su caballo con una bolsa vacía de pienso, concluyeron que alguien que miente a un animal no puede ser confiable en la transmisión de palabras del Profeta ﷺ.

Abūl-‘Āliyah, uno de los grandes sabios de la generación de los **Tābi‘īn**, decía:

“Cuando queríamos recoger un hadiz de alguien, primero observábamos su forma de rezar. Si lo hacía correctamente, entendíamos que sus demás actos también serían rectos y nos sentábamos con él. Si, por el contrario, veíamos negligencia en su oración, nos alejábamos diciendo: ‘Quien obra mal en su oración,



también lo hará en otros asuntos’.” (al-Dârimî, Muqaddima 38/429)

En los asuntos espirituales, es indispensable buscar en el guía una devoción escrupulosa al Qur’ân y a la Sunna. Porque el corazón recibe su más pura inspiración cuando se ilumina con la obediencia constante a Allah y a Su Mensajero ﷺ.

El Imâm al-Rabbânî —que Allah tenga misericordia de él— expresó con dolorosa claridad el peso de cualquier descuido. Dijo:

“Entré al lugar de ablución con el pie derecho por inercia, olvidando seguir la Sunna, y ese día me vi privado de muchos estados espirituales.”

En otra ocasión, al ordenar a un discípulo traerle claveles de su jardín, éste trajo seis. Al verlo, el Imâm dijo con semblante sombrío:

“Nuestros estudiantes aún no han interiorizado el hadiz: ‘Allah es impar y ama lo que es impar’ (Bujârî, Da’wât 68). ¿Qué creen que es el mustahabb? Es aquello que Allah ama. Aunque se diera todo el mundo y el Más Allá a cambio de una acción amada por Allah, seguiría siendo poco.”

Esta sensibilidad también se manifestaba en los juristas y sabios. Sa’îd ibn al-Musayyib —uno de los más grandes *Tâbi’in*— reprendió a quien rezaba dos *rak’ât* adicionales tras la oración de la tarde:



“¡Allah no te castigará por rezar, sino por contradecir la Sunna!” (Dârimî, Muqaddima 39/442)

Abū yazîd al-Bistâmî solía medir cada uno de sus movimientos con el ejemplo del Profeta ﷺ, considerándolo su vara de medida en todo. Decía:

“Quien abandona la recitación del Qur’ân, la vida de ascetismo, la asistencia a la oración en congregación, a los funerales, y la visita a los enfermos, y sin embargo se proclama sufí, no es sino un innovador.”

Es decir, si incluso un discípulo carece de estas prácticas básicas, su camino se aleja del tasawwuf genuino.

La oración del ***tahayyud*** es una de las Sunnas más sublimes. Rasûlullâh ﷺ no la descuidó ni siquiera durante los viajes más arduos. Por eso, es impensable que un sufí sincero ignore el ***tahayyud*** o el ***suhûr***.

Dijo Abū yazîd:

“Ningún secreto me fue revelado hasta que las noches se hicieron día y noche”.

Y también dijo:

“Pensé en pedirle a Allah que me liberara de la necesidad de comida, bebida y esposa, pero entonces reflexioné: ‘¡Rasûlullâh no pidió tal cosa!’, y abandoné esa idea.”



No puede considerarse virtuoso quien, bajo apariencia de **zuhd** o **taqwâ**, adopta actitudes contrarias a la Sunna, pues se coloca —con arrogancia y error— en un pedestal más alto que el propio Mensajero de Allah ﷺ. El Qur'ân advierte:

“¡Oh vosotros que creéis! No os adelantéis a Allah y a Su Mensajero. Y temed a Allah” (al-Hujurât, 1).

En un incidente revelador, Rasûlullâh ﷺ reprendió a un compañero que ofreció su sacrificio antes de la oración del 'Eid y le ordenó repetirlo después del tiempo correcto. Nuestro Profeta ﷺ, el más cercano a Allah, vivía con equilibrio, rechazando los excesos y los extremismos.

Cuando diez compañeros decidieron aislarse del mundo, abstenerse de carne, evitar a sus esposas y practicar la adoración constante sin descanso, el Profeta ﷺ los reprendió con firmeza:

«¿Qué les pasa a algunas personas que se prohíben a sí mismas estar con sus esposas, comer y beber, usar perfumes agradables, dormir y disfrutar de los placeres lícitos de este mundo? Ciertamente, yo no os he ordenado que os convirtáis en monjes ni ascetas. En mi religión no existe abandonar el consumo de carne, apartarse de las mujeres, ni retirarse del mundo encerrándose en monasterios. El viaje de mi Ummah es el ayuno, y su espiritualidad, su vida de devoción, es el yihâd. Adorad a Allah, y no Le asociéis absolutamen-



te nada. Realizad el hayy y la ‘umrah, cumplid con vuestras oraciones, pagad el zakāt, y ayunad durante Ramadán. Sed rectos, para que los demás también lo sean.

Las comunidades que os precedieron fueron destruidas por sus excesos. Hicieron que la religión se volviera difícil para sí mismos, y Allah se la hizo difícil. Los que hoy están en iglesias y monasterios no son más que los residuos de aquellas comunidades.»

Entonces se reveló el verso:

“¡Oh vosotros que creéis! No os prohibáis las cosas buenas y puras que Allah os ha hecho lícitas, ni transgredáis. Ciertamente, Allah no ama a los transgresores.” (al-Má’ida, 87)

Así pues, no hay virtud en estilos de vida que se apartan de las directrices del Profeta ﷺ. Por el contrario, conducen al desequilibrio, la ansiedad y, eventualmente, a senderos desviados. Por ello, satisfacer las necesidades humanas según la Sunna es la vía más segura y correcta. Privarse de lo lícito por una espiritualidad mal entendida no es piedad, sino una innovación peligrosa.

El creyente, por tanto, debe recordar que su modelo supremo es el Mensajero de Allah ﷺ. Debe esforzarse por conocerlo íntimamente y sopesar cada uno de sus propios estados y actos conforme al suyo. Así distingui-

rá fácilmente quién camina tras las huellas proféticas y quién se ha desviado.

El exegeta Bursawî dijo:

“¡Si vas a seguir a alguien, sigue al Maestro de todos los Profetas: Muhammad ﷺ! Aquel bajo cuya bandera estarán Adán y todos los Profetas y santos.”

Y Hazrat ‘Alî —el portal del conocimiento divino— sentenció:

“Quien reconoce la verdad a través de las personas, naufragará entre las olas del error. Conoce primero la verdad, y así conocerás a los que son de la verdad.”

Por ello, no es prudente confiar en quienes, aun siendo famosos como ***murshid***, no encarnan la sensibilidad del Qur’ân y la Sunna en sus vidas. Incluso si muestran prodigios, descubrimientos o virtudes, es necesario precaverse, pues muchas veces no son más que engaños del Shaytân.

El Imam ‘Abd al-Jâlik al-Ghujdwânî expresó que solo quien toma el Qur’ân en una mano y los hadices en la otra y camina iluminado por ambos puede alcanzar el grado de ***fanâ an-nafs*** —la aniquilación del ego—.

A uno de sus discípulos le aconsejó:

“¡Nunca te alejes del conocimiento! Estudia fiqh y hadîth. Aléjate de los sofistas ignorantes que debilitan



el camino de la religión. Aférrate a la Sunnah Sharîfa y sigue los pasos de los piadosos predecesores.”

CUIDA DE QUIEN APRENDES TU RELIGIÓN

El Mensajero de Allah ﷺ dijo a ‘Abdullah ibn ‘Omar: «¡Oh Ibn ‘Omar! Preserva bien tu religión, ¡preserva bien tu religión! Porque ella es tu carne y tu sangre. Toma el conocimiento religioso y los dicámenes de los sabios rectos, y no de aquellos que se desviaron»¹³

Por tanto, el creyente debe comenzar por aprender la esencia de la verdad y la realidad contenidas en el Qur’an y la Sunna. Luego, conforme a los criterios del Qur’an y la Sunna, debe identificar a la persona que puede tomar como guía, y esforzarse por avanzar en la dirección que marcan el Libro y la Tradición Profética. Pues incluso un verdadero Murshid kāmīl (guía espiritual consumado) no podrá beneficiar a quien no siga el Qur’an y la Sunna.

Qué bellamente lo expresó Su Santidad Mawlānā: “El Noble Qur’an es la expresión de los estados y cualidades de los profetas. Si lo lees y lo pones en práctica, ¡considera que has conocido a los profetas y a los santos! Pero si lees el Qur’an y no obedeces sus



mandatos ni encarnas su ética, ¿de qué te servirá ver a los profetas y a los santos?”

Que Allah Altísimo nos conceda vivir una vida conforme al Qur'an y la Sunna, caminar por la senda de aquellos a quienes amamos y reunirnos con Sus siervos rectos. ¡Amín!



EL AMOR DENTRO DE LOS LÍMITES ESTABLECIDOS

Una persona le dijo a Ya'kūb عليه السلام:

“¡Oh profeta de corazón iluminado y de mente clara! ¿Cómo es que oliste el aroma de la camisa de Yūsuf viniendo desde Egipto, y sin embargo no lo viste cuando lo arrojaron al pozo que tenías al lado?”.

En respuesta dijo Ya'kūb عليه السلام:

“¡Los dones divinos que se nos conceden son como relámpagos que centellean! Por ello, a veces las realidades nos son reveladas con claridad, y otras veces se nos ocultan”.

En otras palabras, si Allah Todopoderoso abre la cortina, el siervo ve más allá; pero si la cierra, ni siquiera puede ver el pozo que tiene delante. En otras palabras, no importa en qué estación espiritual se encuentre el siervo, seguirá siendo incapaz y siempre necesita el favor de Allah Todopoderoso.



EL AMOR DENTRO DE LOS LÍMITES ESTABLECIDOS

En el tasawwuf, el motor esencial del progreso espiritual es el amor, y su manifestación externa más sublime es la observancia del adab, la etiqueta. De igual modo, el eje central de la conexión del corazón con los *guías perfectos*, a través de la práctica conocida como rābita, no es otro que el amor. Sin embargo —como ocurre en todos los ámbitos de la vida— los excesos en el amor pueden desviar al ser humano de la senda recta y conducirlo por caminos errados.

En este sentido, el verdadero peligro en la rābita no es el afecto en sí mismo, sino la desviación que se produce cuando se eleva el amor legítimo hacia el maestro espiritual al rango de afecto reservado únicamente a lo divino. Esto ocurre cuando se venera al guía con un respeto desmedido, cuando se le atribuyen cualidades casi divinas y se desarrolla hacia él una devoción ciega y fanática, llevándose a cabo actitudes y comportamientos que el Qur'ān y la Sunna no aprueban. **¡Que Allah nos proteja!** Tal actitud, lejos



de beneficiar al discípulo, **le daña profundamente**, e incluso **puede condenarlo al extravío**.

Jamás debe olvidarse que **el murshid es un medio, no un fin en sí mismo**. Su función es la de orientar, señalar el camino, acompañar. Quien transforma ese medio en el fin último, adorando en esencia al vehículo que debía conducirlo, **abre inadvertidamente la puerta al shirk (la asociación a Allah)**. Pero la fe del **tawḥīd** —la unidad absoluta de Allah— **no admite ningún tipo de asociación ni desviación** en la adoración.

Esto puede entenderse con una analogía sencilla pero profunda: **quien aborda un avión lo hace con el propósito de llegar a su destino**. El avión es solo un medio de transporte, no el objetivo final. Nadie confunde el vehículo con el fin. En este mismo espíritu, Allah ﷻ nos ordena recurrir a medios legítimos para alcanzar Su complacencia: ***“¡Oh vosotros que habéis creído! Temed a Allah y buscad los medios para acercaros a Él...”*** (*Sūrat al-Mā'idah*, 35)

El problema surge **cuando el corazón se excede en el amor hacia los medios** y empieza a tratarlos como si fuesen el destino mismo. Los que caen en estos extremos **se convierten en argumento para los enemigos del tasawwuf**, y causan un profundo perjuicio a la vía espiritual que pretenden seguir. Esto, sin duda, **es una desgracia y una gran vergüenza**.

En este sentido, **el ejemplo de nuestro maestro Abū Bakr aṣ-Ṣiddīq** (que Allah esté complacido con él) debe ser tomado como guía por todo sufí. A pesar de que **amaba al Mensajero de Allah ﷺ más que nadie**, supo mantener su amor en el equilibrio perfecto, con moderación y rectitud, conforme al espíritu del Qur'ān y la Sunna.

Cuando el Profeta ﷺ falleció, el dolor que se apoderó de los Compañeros fue indescriptible. Se vieron sumidos en una pena profunda, hasta el punto de que algunos, como 'Umar ibn al-Khaṭṭāb, perdieron momentáneamente el juicio. 'Umar, en estado de shock, gritaba:

***“¡Que nadie diga que Muhammad ha muerto!
¡Por Allah, le cortaré el cuello con mi espada! El Mensajero de Allah solo se ha desvanecido, como Mūsā (Moisés), que se ausentó de su pueblo...”***

Mientras tanto, Abū Bakr —al recibir la triste noticia— cabalgó rápidamente hacia el aposento del Profeta, entró donde yacía ﷺ, descubrió su noble rostro, se inclinó sobre él, lo besó llorando y dijo: ***“¡El Mensajero de Allah ha fallecido!... Ciertamente, pertenecemos a Allah y a Él hemos de retornar”***.

“¡Que mi padre y mi madre sean sacrificados por ti! ¡Juro por Allah que Él no permitirá que pruebes el dolor de la muerte dos veces! Has cruzado la barrera



de la muerte una vez, y no morirás de nuevo... Estabas hermoso en vida, y estás hermoso tras tu muerte.”

Tras cubrir el rostro del Profeta ﷺ, salió al encuentro de los Compañeros y se dirigió directamente a ‘Omar, que aún negaba lo sucedido: “¡Siéntate, oh ‘Omar!”.

‘Omar se resistía a aceptar la realidad. Entonces, Abū Bakr, con una serenidad y entereza que solo otorga la certeza, pronunció un discurso que trajo alivio y claridad a todos:

“Allah ya había informado a Su Mensajero de su muerte mientras aún vivía entre vosotros. Así como os anunció vuestra propia muerte. El Mensajero de Allah ha fallecido. Y ninguno de vosotros vivirá para siempre. Quien adoraba a Muhammad, sepa que Muhammad ha muerto. Pero quien adoraba a Allah, ¡sepa que Allah está vivo y jamás morirá!”

Y recitó el versículo: ***“Muhammad no es sino un Mensajero. Antes de él han pasado otros mensajeros. Si muriera o fuera asesinado, ¿volveríais sobre vuestros pasos? Quien retroceda, no perjudicará en nada a Allah. Y Allah recompensará a los agradecidos.”***
(Sūrat Āl ‘Imrān, 144)

Fue entonces cuando todos comprendieron la verdad. Era como si nunca hubiesen escuchado antes ese versículo, hasta que Abū Bakr lo recitó con auto-



ridad. ‘Omar, que momentos antes estaba fuera de sí, dijo: ***“¡Por Allah! Era como si jamás hubiese oído ese versículo hasta ese momento. Cuando lo escuché de boca de Abū Bakr, mis piernas flaquearon y caí al suelo”***.¹⁴

Como puede apreciarse con claridad, ese afecto singular de Abū Bakr, quien fue el más amante, respetuoso y reverente hacia nuestro Maestro ﷺ, jamás lo condujo al exceso ni lo desvió de las verdades establecidas por la Sharí‘a. Muy al contrario, su actitud equilibrada y lúcida se ha convertido en una norma de orientación, un faro que advierte y guía a todos aquellos que, dejándose llevar por la emoción desmedida, corren el riesgo de caer en los extremos.

EXTREMISMO Y FANATISMO...

Las palabras pronunciadas por algunos discípulos, impulsados por un exceso de emoción y fervor, como: ***“Si mi sheij desea algo, sin duda Allāh se lo concederá”***, son ejemplos evidentes de cómo el amor, la reverencia y la devoción pueden traspasar los límites y transformarse en exceso y fanatismo.

Pues, incluso siendo nuestro Profeta ﷺ el Mensajero de Allāh, no todas sus súplicas fueron aceptadas. Él mismo lo expresó con claridad en un hadīz noble:

14. Ibn Sa‘d, II, 266-272; Bujari, Meğâzî, 83; Heysemî, IX, 32; Abdur-rezzâk, V, 436.



“Pedí a mi Señor tres cosas: me concedió dos y me negó una. Le pedí que no destruyera a mi Umma con una hambruna general, y me lo concedió. Le pedí que no la destruyera mediante una inundación, y también me lo concedió. Le pedí que no permitiera que los conflictos internos entre ellos les consuman, pero esto me fue negado.” (Muslim, Fitan, 20/2890)

Esto demuestra que Allâh acepta o no las súplicas incluso de Sus profetas según Su voluntad. Por lo tanto, **por elevado que sea el estado espiritual de un siervo**, sus súplicas y actos dependen siempre de la aceptación divina.

Si esto es así con los profetas, ¿cómo podría asegurarse entonces que las súplicas de aquellos que no lo son—por más amados y elevados que sean entre los Awliyâ’—serán indefectiblemente aceptadas? No puede afirmarse que toda súplica hecha por un siervo amado por Allâh será atendida, ni que toda invocación hecha sobre un enfermo conllevará necesariamente su curación. Además de la sinceridad de ambas partes, es imprescindible que estos asuntos coincidan con la voluntad y sabiduría de Allâh Todopoderoso para que produzcan el efecto deseado.

Tampoco debe olvidarse que la aceptación de ciertas súplicas puede no manifestarse en este mundo, sino que su recompensa puede estar reservada para el

Más Allá, siendo todo ello parte del dominio exclusivo de la voluntad divina.

Otro punto importante es que **tanto los profetas como los íntimos de Allâh (Awliyâ’)** han sido **dotados de cualidades y disposiciones diversas**. Una virtud sobresaliente que predomine en uno puede no estar presente con la misma intensidad en otro. Por lo tanto, **no es adecuado esperar de todos ellos las mismas manifestaciones extraordinarias**. En realidad, su función principal **no es realizar prodigios**, sino advertir y encender los corazones, guiándolos hacia la verdad.

Un ejemplo muy elocuente de cómo todo depende de la voluntad de Allâh se encuentra en el siguiente suceso: El Mensajero de Allâh ﷺ y su tío Abû Tâlib—quien, pese a no ser musulmán, protegió y defendió al Profeta y a los creyentes durante años con valentía y entrega—deseaban con insistencia que Abû Tâlib aceptara el Islam. A pesar de este anhelo sincero, Abû Tâlib respondía:

“Sé que eres veraz, pero si creyera en ti, las mujeres de Quraysh me avergonzarían.”

Reconocía en el fondo de su conciencia la veracidad del mensaje profético, pero se vio dominado por el orgullo tribal y el temor al juicio de su gente. Finalmente, sus últimas palabras a Rasûlullâh ﷺ fueron:



“Muero en la religión de ‘Abdul-Muttalib. Si no temiera que la gente dijera que abandoné mi religión por miedo a la muerte, habría aceptado tus palabras”.¹⁵

Tras estas palabras, el Profeta ﷺ dijo:

“¡Seguiré haciendo súplicas por ti mientras no se me prohíba!”¹⁶ y abandonó apesadumbrado la casa de su tío.

El Mensajero de Allah —ṣallallāhu ‘alayhi wa sallam—, movido por la profunda compasión que albergaba en su noble corazón, dijo a su tío: ***“¡Rogaré a Allah por ti!”***

Sin embargo, descendió entonces la siguiente *āyah karīmah* como respuesta divina:

إِنَّكَ لَ تَهْدِي مَنْ أَحْبَبْتَ وَلَكِنَّ اللَّهَ يَهْدِي
مَنْ يَشَاءُ وَهُوَ أَعْلَمُ بِالْمُهْتَدِينَ

“Ciertamente tú [¡oh Mensajero!] no puedes guiar a quien amas. Más bien, es Allah quien guía a

15. Bujari, janâiz 81, Manâkib al-Ansâr 40; Ibn Sa'd, I, 122-123.

16. Partiendo de este istighfâr (petición de perdón) de nuestro Noble Profeta ﷺ, algunos musulmanes desearon también pedir perdón por sus propios padres idólatras. Sin embargo, esta acción fue prohibida mediante los versículos 113 y 114 de la Sûrah at-Tawbah. (Véase: at-Tabarî, *Tafsîr*, XI, 31).



quien Él quiere. Y Él es quien mejor conoce a los que están dispuestos a recibir la guía". (al-Qaṣaṣ, 56)

Este noble versículo revela una verdad esencial: ni siquiera los esfuerzos más sinceros y persistentes de los profetas, por sí solos, son garantía de **hidāya** (guía espiritual). La orientación pertenece exclusivamente a Allah. Si Él quiere, bendice tales esfuerzos con frutos visibles, y si quiere, en Su sabiduría, los deja sin resultado aparente. Todo está supeditado a Su voluntad y conocimiento perfecto.

TAWASSUL

Cuando el siervo eleva su súplica tomando como medio a los profetas y a los siervos piadosos —los amados de Allah—, es decir, cuando pide a Allah por su intermedio (**tawassul**), esto se convierte en una forma de atraer la misericordia divina. Tal evocación de los justos es una manera de invocar la misericordia cuya presencia se espera precisamente a través del recuerdo de aquellos que la encarnan.

Sin embargo, es imprescindible comprender que, al hacer **tawassul**, **se debe invocar únicamente a Allah** —no a los intercesores—, pues sólo Él posee el poder absoluto. **Todo ocurre única y exclusivamente por Su voluntad**. Por eso se dice: «**El éxito proviene de Allah**». En otras palabras, todo **tawfiq** (éxito espiritual o mundano) es un don de Allah, y la **himmah** de



los piadosos —aquello que algunos consideran como su “ayuda” — **no es otra cosa que su súplica a Allah.** Ellos también, como nosotros, piden a su Señor que alivie sus dificultades materiales y espirituales.

Así lo declara el Sagrado Corán:

الَمْ يَعْلَمُوا أَنَّ اللَّهَ هُوَ يَقْبَلُ التَّوْبَةَ عَنْ عِبَادِهِ
وَيَأْخُذُ الصَّدَقَاتِ

“¿Acaso no saben que es Allah quien acepta el arrepentimiento de Sus siervos y recibe las caridades?” (at-Tawbah, 104)

El *tawassul*, pues, es el acto de buscar el agrado de Allah y Su favor mediante el recuerdo y el honor de Sus siervos amados. Cuando Allah Todopoderoso quiere que algo ocurra, le dice: «¡Sé!», y es. Sin embargo, en Su sabiduría, ha dispuesto que ciertos efectos ocurran a través de medios, y ha asignado a algunos de Sus siervos funciones en la manifestación de determinados acontecimientos, conforme a Su decreto eterno.

Por ejemplo, la curación proviene de Allah. Sin embargo, Él ha establecido causas en este mundo, como el médico y el medicamento. Buscar la salud a través de estos medios no es *shirk* (asociar a Allah), sino parte del orden creado por Él. Todo creyente sabe con certeza que el verdadero sanador es Allah, y que el médico no es sino un instrumento. Incluso los com-



ponentes de los remedios —su existencia, su eficacia y el descubrimiento humano de ellos— proceden de la sabiduría y voluntad del Creador.

Los Compañeros del Profeta solían acudir a él —*ṣallallāhu ‘alayhi wa sallam*— con sus necesidades: pobreza, enfermedades, deudas y todo tipo de dificultades. Le pedían que rogara por ellos a su Señor. En muchas narraciones se relata que, ante la sequía, la gente se dirigía al Mensajero de Allah y le suplicaba que pidiera lluvia. Ellos sabían perfectamente que él no era quien hacía descender el agua, sino un medio bendito para que Allah aceptara su ruego por el amor que le tenía a Su Mensajero.

Aquellos nobles Compañeros eran más conscientes que cualquiera de nosotros acerca del significado del *tawḥīd* (la unicidad divina) y del peligro del *shirk*. Sabían con claridad que el papel del Profeta ﷺ era intercesor, no originador de los efectos.

Un día, Marwān vio a un hombre colocando su rostro sobre la piedra de la tumba del Mensajero de Allah y lo reprendió, tomándolo del cuello: —«¿Qué crees que estás haciendo?» —le dijo.

Cuando el hombre se volvió, resultó ser Abū Ayyūb al-Anṣārī رضي الله عنه. Aquel amante del Profeta respondió con serenidad y claridad: —«Sé muy bien lo que hago. He venido al Mensajero de Allah —no a la piedra. Escuché al Mensajero de Allah decir: **Cuando los**



competentes asuman la dirección de la religión, no os preocupéis por ella. Pero cuando los incompetentes empiecen a legislar en materia de religión, entonces llorad por ella tanto como queráis.» (Aḥmad ibn Ḥanbal, V, 422; Ḥākim, IV, 560/8571; Haythamī, V, 245)

Por tanto, no es correcto considerar **shirk** el **tawassul** que se realiza conforme a los principios correctos de la fe. Lo que sí constituye **shirk** es creer que aquellos a quienes se toma como medio tienen poder independiente para beneficiar o perjudicar, como si fueran semejantes a Allah. El creyente debe saber que toda capacidad de intercesión o beneficio atribuida a los siervos piadosos sólo puede manifestarse con el permiso de Allah y bajo Su exclusiva voluntad.

VISITAS A TUMBAS

El Mensajero de Allāh ﷺ dijo:

“¡Recordad con frecuencia la muerte! Pues el recuerdo de la muerte purifica a las personas de sus pecados y les inspira desapego (zuhd) de este mundo. Si la contemplas siendo rico, te protegerá de los males de la riqueza. Si la contemplas siendo pobre, te ayudará a estar satisfecho con tu vida.” (Suyûtī, al-Ġāmi‘ al-Saġīr, I, 47)

“Recordad la muerte y la descomposición del cuerpo y los huesos después de ella. Pues quien anhela



el Más Allá, abandona los adornos de la vida mundanal”. (Tirmidhî, Qiyâmah, 24)

“Quien recuerda mucho la muerte, Allâh lo ama”.
(Haythamî, X, 325)

“Recordad mucho la destructora de placeres: la muerte.” (Tirmidhî, Qiyâmah, 26)

Por ello, los sufíes acostumbran dedicar diariamente un tiempo a la contemplación de la muerte, pues es un medio excepcional para debilitar al ego (nafs) y fortalecer la espiritualidad. Con el vigor espiritual que obtienen de esta reflexión, evitan los actos erróneos y vanos, y se esfuerzan en realizar obras útiles y abundantes en buenas acciones.

Se narra que ‘Alî ؑ solía visitar con frecuencia las tumbas. Un día le preguntaron: “¿Por qué has hecho de los cementerios tu morada habitual?” Respondió: “¡Porque son vecinos fieles! No hacen ningún mal y siempre nos recuerdan el Más Allá con su silencio elocuente”.

Un amigo de la Verdad ofrece los siguientes consejos para sacudirnos de la negligencia y aprovechar la bendición de la vida con buenas obras, llevando una existencia serena en alabanza, gratitud y aceptación:

“¡Visita de vez en cuando los hospitales y a los enfermos! Reflexiona en que tú no padeces lo que



ellos padecen, y reconoce la bendición de la salud que disfrutas.

Visita también las cárceles. Observa la miseria de quienes allí habitan. Recuerda que muchos están presos por un momento de ira o desvarío, y otros lo están injustamente. Podrías haber sido tú. Da gracias a Alláh por haberte protegido de tales caídas y reza por su liberación.

Luego, dirígete a los cementerios. Escucha los silenciosos clamores que se alzan desde las lápidas. Comprende que lamentarse cuando la vida ya ha pasado no tiene beneficio. ¡Aprovecha tu tiempo! Ruega por quienes yacen allí y esfuérzate en llenar tus próximos días con más dhikr, gratitud y obras buenas”.

En efecto, uno de los medios más eficaces para recordar el Más Allá es la visita a las tumbas. El Profeta ﷺ dijo: “Antes os prohibí visitar las tumbas, pero ahora hacedlo, pues la visita a las tumbas os recuerda el Más Allá”. (Tirmidhî, Janâ'iz, 60; Muslim, Janâ'iz, 106)

En los primeros tiempos del Islam, el Profeta ﷺ prohibió las visitas a los cementerios para evitar que se perpetuaran las prácticas idólatras del periodo de la ignorancia, donde se atribuía santidad a los difuntos y se acudía a sus tumbas con fines de orgullo tribal o adoración. Sin embargo, cuando el monoteísmo quedó firmemente arraigado en los corazones de los

creyentes, el Profeta ﴿﴾ permitió e incluso alentó estas visitas.

El Mensajero de Allâh ﴿﴾ solía visitar con frecuencia a los mártires de Uhud y a sus Compañeros en el cementerio de Baqî'. Según el testimonio de Sayyida 'Â'isha, en las noches que pasaba en su casa, solía salir en la última parte de la noche, dirigirse a Baqî', saludar a los difuntos y hacer du'â' por ellos. (Muslim, Janâ'iz, 102)

Una noche, el ángel Yibrîl se presentó ante él y le dijo: "Tu Señor te ordena que vayas a Baqî' y pidas perdón por los que están allí". El Profeta ﴿﴾ cumplió de inmediato esta orden. (Muslim, Janâ'iz, 103)

'Abdullâh ibn Abî Farwa relató: "El Profeta ﴿﴾ visitó las tumbas de los mártires de Uhud y dijo: '¡Oh Allâh! Tu siervo y tu Profeta atestiguan que ellos son mártires verídicos. Quien los visite hasta el Día de la Resurrección y los salude, ellos devolverán el saludo'". (Hakim, III, 31/4320)

El Profeta ﴿﴾ enseñó a sus Compañeros a decir cuando visitaban las tumbas: "La paz sea sobre vosotros, oh pueblo creyente y musulmán de esta morada. Si Allâh quiere, pronto nos reuniremos con vosotros. Pedimos a Allâh que tenga misericordia de nosotros y de vosotros". (Muslim, Janâ'iz, 104)

El Imâm Sha'bî, uno de los grandes del Tâbi'in, dijo: "Cuando fallecía uno de los parientes de los



Ansâr, solían visitar su tumba y recitar el Qur’ân junto a ella”. (Abû Bakr Al-Jallâl, “al-Qirâ’ah ‘inda al-Qubûr”, pág. 89, no: 7)

Quien visita un cementerio debe comenzar saludando a los difuntos, hacer du‘â’ por ellos, recitar todo el Qur’ân que pueda y recordar que él también un día reposará bajo la tierra.

El imam Hâtim al-Asamm dijo: “Quien visita un cementerio sin rezar por los difuntos ni reflexionar sobre su propio destino, se ha traicionado a sí mismo y a ellos”. (Ihyâ’ ‘Ulûm al-Dîn, IV, 868)

Sufyân ibn ‘Uyaynah narró: “Los muertos tienen más necesidad del du‘â’ que los vivos de comida y bebida”. (al-Suyûtî, Sharh al-Sudûr, p. 297)

Los sabios están unánimemente de acuerdo en que es lícito y recomendable recitar el Qur’ân junto a las tumbas.

Imâm al-Nawawî dijo en Sharh al-Muhadhdhab:

“Es recomendable que quien visite las tumbas recite el Qur’ân tanto como pueda y luego haga du‘â’ por los difuntos”. (Suyûtî, Sharh al-Sudûr, p. 303)

Según al-Qurtubî: “Cuando el Qur’ân se recita cerca de una tumba, esta lo escucha y, gracias a la misericordia de Allâh, el difunto se beneficia tanto de su lectura como de su escucha. Incluso si no lo escu-



cha, la recompensa de la recitación le alcanza como caridad y súplica”.

En Fatâwâ Qâdîkhân, una fuente del fiqh hanafî, se dice: “Quien recita el Qur’ân cerca de las tumbas con la intención de familiarizar a los muertos con su sonido, puede hacerlo allí. Si no tiene esa intención, Allâh escuchará su recitación dondequiera que se encuentre”. (Suyûtî, Sharh al-Sudûr, p. 304)

En otras palabras, uno puede recitarlo donde quiera y donar su recompensa. Pero si lo recita cerca de la tumba, también será un medio para que los que están en la tumba tengan la recompensa de escuchar el Qur’ân y se beneficien de la misericordia y el secreto que descienden durante ese tiempo.

La recitación del Qur’ân durante las visitas a las tumbas es una práctica aceptada por el consenso (ijmâ’) de la Ummah y ha sido puesta en práctica desde hace más de 1400 años. Un método ampliamente conocido es la recitación de la Sûra Yâsîn —el corazón del Qur’ân— en beneficio espiritual del difunto, buscando con ello la misericordia divina.

De hecho, en un hadîz se afirma: ***“Yâsîn es el corazón del Qur’ân. Quien lo recite buscando la complacencia de Allâh y la morada del Más Allá, le serán ciertamente perdonados sus pecados. Recita la Sûrah Yâsîn a vuestros muertos”***. (Ahmad, V, 26)



Asimismo, se pueden recitar otras sûras y versos con el mismo fin. Entre las muchas narraciones al respecto se encuentra la siguiente:

“Cuando uno de vosotros muera, llevadlo pronto a la tumba. Una vez enterrado, que uno de vosotros recite Surat al-Fâtiha a la cabecera y la parte final de Surat al-Baqara (‘Âman ar-Rasûlu) a los pies.”

(Tabaranî, al-Kabîr, XII, 340; Daylamî, I, 284; Haythamî, III, 44)

El imâm al-Shâfi‘î (rahimahu Allâh) dijo también: ***“Es mustahabb recitar versos y sûras del Qur’ân sobre la tumba. Y mejor aún es recitar el Qur’ân completo (un khatm)”*** (Nawawî, *Riyâd al-Şâlihîn*, Beirut, p. 293)

Como puede observarse, visitar las tumbas, saludar a sus moradores, hacer ***du‘â*** por ellos, realizar buenas acciones en su nombre y recitar el Qur’ân son medios eficaces para alcanzar la misericordia divina en favor de los difuntos.

Estas visitas, si se hacen conforme a los principios del ***adab islámico***, traen numerosos beneficios. La contemplación de la muerte debilita las pasiones del ***nafs***, orienta el corazón hacia la taqwâ y aleja de la frivolidad y del apego mundano. Los cementerios son como espejos donde uno puede ver el futuro inevitable de todo ser humano. Quien los mire con ojos de reflexión evitará malgastar su vida persiguiendo deseos efímeros.



Por esta razón, nuestros antepasados construyeron cementerios frente a las mezquitas o dentro de las ciudades. Así, quienes pasaban por ellos recitaban la Fâtiha por los difuntos y al mismo tiempo recordaban su destino, beneficiándose espiritualmente.

Sin embargo, es importante evitar ciertos comportamientos erróneos durante estas visitas, como encender velas sobre las tumbas, colgar objetos o pedir directamente ayuda a los difuntos.

Nunca debe olvidarse que, por muy elevada que haya sido la persona que yace en la tumba, no se le debe pedir nada directamente. En su lugar, se debe pedir a Allâh —por el honor y el rango que esa persona tenga ante Él— que nos conceda lo que necesitamos.

La única autoridad absoluta para conceder beneficios o alejar perjuicios es Allâh, el Altísimo. Ningún ser, por elevado que sea, puede actuar por sí solo fuera de la voluntad divina. Por tanto, está prohibido dirigirse a una persona fallecida diciendo: “*¡Oh fulano, cúrame! ¡Concédeme tal o cual cosa!*”. Estas expresiones pueden llevar al *shirk* y deben evitarse cuidadosamente. El creyente debe tener sumo cuidado con su creencia en el *tawhîd*, y debe advertir con suavidad a aquellos que, por ignorancia o descuido, incurren en dichos errores.

No obstante, también es un grave error —aunque de signo opuesto— declarar como *shirk* las visitas



piadosas a las tumbas que se realizan con **adab** islámico, conforme a la Sunna. El Islam, como en todos los asuntos, se basa en la moderación. Las palabras y acciones del Profeta ﷺ y de sus Compañeros constituyen la guía perfecta en este ámbito.

CUANDO ALLAH NO ENSEÑA...

Algunos discípulos, movidos por un amor intenso hacia su **Murshid**, pueden llegar a caer en exageraciones, y en momentos de exaltación espiritual llegan a pensar o decir: “¡Mi **Murshid** lo sabe todo!”. Sin embargo, esta concepción, aunque brote del afecto y la admiración, es una comprensión incompleta e incluso peligrosa.

Incluso el más perfecto de los seres humanos, nuestro amado Profeta Muhammad ﷺ, cuya sabiduría fue iluminada con la revelación divina, en ocasiones respondía con humildad a ciertas preguntas diciendo: “El preguntado no sabe más que el que pregunta” (Muslim, Imán, 1)

Este testimonio profético nos recuerda que el conocimiento absoluto pertenece únicamente a Allâh ﷻ. El siervo, por elevado que sea su rango espiritual, permanece siempre dependiente de la luz y el favor divinos.

A este respecto, Shaykh Sâdî —que Allah tenga misericordia de él— narra en su célebre **Gulistân** una profunda enseñanza:



Un hombre preguntó al Profeta Ya'qûb: ***“¡Oh noble profeta, cuyo corazón ha sido ennoblecido! Oliste el aroma de la camisa de Yûsuf viniendo desde Egipto, ¿por qué entonces no lo oliste cuando fue arrojado al pozo cercano a ti?”***

Y el Profeta Ya'qûb respondió con sabiduría:

“Las inspiraciones divinas que se nos conceden son como relámpagos. A veces se nos descubre la realidad... y otras veces se nos oculta.”

Esta sutil alegoría indica que si Allâh ﷻ abre el velo, el siervo contempla; pero si lo cierra, no alcanza a ver siquiera lo que tiene ante sí. Así, no importa cuán elevada sea la estación espiritual del siervo: jamás se independiza del favor divino, ni se despoja de su condición de necesidad absoluta (*faqr*).

Por tanto, el verdadero *murîd* debe combinar el amor y la veneración hacia su *Murshid* con el conocimiento firme de que todo poder, toda ciencia y toda iluminación proceden únicamente de Allâh ﷻ. El *Murshid*, por eminente que sea, no deja de ser un siervo necesitado, sostenido por la gracia del Altísimo.

NINGÚN SIERVO ES PERFECTO

También ocurre que algunos discípulos, en su devoción ardiente hacia su *Murshid*, caen en el error de pensar: “¡Mi *Murshid* nunca comete errores!”. Esta visión, aunque motivada por el amor y la lealtad, es



una concepción desequilibrada y contraria a la realidad del camino espiritual.

En verdad, incluso los mejores de esta Ummah —después de los Profetas— fueron conscientes de su humanidad y falibilidad. Un ejemplo luminoso de ello lo encontramos en el primer sermón pronunciado por Sayyidunâ Abû Bakr al-Siddîq ؓ tras ser elegido califa. Aquel cuyo rango es considerado el más alto entre los compañeros del Profeta ﷺ dijo con una humildad digna de ser modelo hasta el Día del Juicio:

“¡Oh pueblo! He sido designado como vuestro líder, aunque no soy el mejor entre vosotros. Si cumplo con mi deber debidamente, ayudadme; y si me desvíó, corregidme...

...Obedecedme mientras yo obedezca a Allâh y a Su Mensajero. Pero si dejo de obedecerles, no tenéis obligación de seguirme.¹⁷

Reflexionemos: si el más virtuoso entre los *Sahâba* expresó estas palabras con tanta conciencia de su responsabilidad y límites, ¿qué deben decir entonces los que caminan por la senda espiritual siguiendo su ejemplo?

Asimismo, *Mazhar Jân-i Jânân* —uno de los grandes *Murshides* de la historia del *tasawwuf*— pese

17. Ibn Sa'd, III, 182-183; Süyûtî, Târîju al-Julafa, pp. 69, 71-72; Hamîdullah, El Profeta del Islam, II, 1181.



a su firme adhesión a la Sunnah y su reconocido estado espiritual, solía declarar con gran humildad: ***“Quien vea en nosotros un acto contrario a las normas islámicas, que nos lo haga saber sin demora”***.¹⁸

Este espíritu de vigilancia mutua en el bien (*murâqaba*), basado en el amor a la verdad, es la esencia de la hermandad espiritual. El **Murshid** verdadero no se presenta como infalible, sino como un guía que también es siervo y necesitado de la misericordia de Allâh ﴿﴾.

Por tanto, el discípulo sincero debe amar profundamente a su **Murshid**, honrarlo y seguirlo, pero siempre dentro del marco de la obediencia a Allâh ﴿﴾ y Su Mensajero ﴿﴾. Amar no significa cegar el juicio, sino sostenerlo con luz. La verdadera estima se manifiesta también en el deseo de que la guía permanezca dentro de los límites del Qur’ân y la Sunnah, pues ahí radica la bendición, la protección y la rectitud del camino.

HIJO DE ADÁN, NO SEAS ORGULLOSO...

De nuevo, algunas personas se extralimitan en su afecto hacia la *tarîqa* a la que pertenecen, hasta el punto de sostener afirmaciones como: ***“Incluso los más pecadores de nuestra vía intercederán por cua-***

18. Abdullah Dehlawî, Maqâmât-i Mazhariyya, p. 43.



renta personas”, o “Quien se aferre a la falda de su propio Murshid en el más allá entrará directamente en el Paraíso”. Afirmaciones como éstas, cuando se entienden fuera del marco de la *Shari‘a*, no son sino expresiones carentes de base, infladas por una excitación emocional que nada tiene que ver con el verdadero conocimiento.

Es cierto que la intercesión (*shafâ‘a*) es una realidad que ha sido confirmada. Allah ﷻ, si quiere, puede conceder a Sus siervos piadosos la facultad de interceder, conforme a Su sabiduría y misericordia. No obstante, quién intercederá por quién y con qué resultado es un misterio que sólo pertenece al conocimiento de Allah. Como se afirma en el versículo sublime: **“¿Quién podrá interceder ante Él sin Su permiso?”** (al-Baqarah, 255)

Además, la siguiente advertencia del Profeta ﷺ a su amada hija Fátima az-Zahrâ’ ﷺ es de una elocuencia conmovedora y de una enseñanza profunda:

“¡Oh Fátima, hija de Muhammad! Realiza buenas obras que sean aceptadas por Allah. Pues no puedo salvarte del castigo de Allah (si no cumples con tus deberes para con Él).” (Ibn Sa‘d, 2/256; Bujârî, Manâqib, 13-14; Muslim, Imân, 348-353)

Por tanto, convertir los sentimientos de afecto y pertenencia hacia los piadosos en una garantía abso-



luta de salvación es, en realidad, una trampa espiritual que puede extraviar al alma.

Este asunto ha sido siempre motivo de temor y recato para los corazones delicados de los **Awli-yâ'ullâh**. El miedo a tener que rendir cuentas por los excesos de quienes los elogian era una constante en sus vidas. Por ello, cuando Sayyidunâ Abû Bakr al-Siddîq ؓ era alabado en exceso, elevaba una súplica que refleja su conciencia ante Allah: ***“¡Oh Allah! Tú me conoces mejor que yo mismo. Y yo me conozco mejor que ellos. ¡Hazme mejor de lo que ellos creen! ¡Perdona mis faltas que ellos no conocen! ¡Y no me pidas cuentas por lo que dicen!”***¹⁹

Por esta misma razón, el imam Jâlid al-Baghdâdî pidió que no se escribiesen elogios ni alabanzas sobre su lápida funeraria.

Los verdaderos sufíes son precisamente estos creyentes cuyo corazón tiembla ante la idea de ser enaltecidos más allá de lo que Allah permite. Nunca debemos olvidar que una de las mayores desviaciones en la historia de la humanidad ocurrió cuando los cristianos, al exagerar en la veneración hacia su profeta, terminaron corrompiendo el credo del **tawhîd** al atribuirle cualidades divinas.

19. Süyûtî, Târihu al-Khulefâ, p. 104.



Al respecto, el Mensajero de Allah ﷺ advirtió claramente a su comunidad: ***“No me elogiéis excesivamente como los cristianos elogiaron a ‘Īsâ, hijo de Maryam. Decid simplemente: el siervo y Mensajero de Allah.”*** (Bujârî, Anbiyâ’, 48)

“¡No me elevéis por encima del grado que me corresponde! Pues Allah me hizo siervo antes de hacerme Mensajero”. (al-Hākim, 3/197; al-Haythamī, 9/21)

El Profeta ﷺ colocó la ‘*ubûdiyya* (servidumbre) en el lugar más alto del honor humano. En una hermosa narración, se recoge que un ángel descendió del cielo —por primera vez desde su creación— y se dirigió al Mensajero de Allah ﷺ con un ofrecimiento divino: ***“Tu Señor te pregunta si deseas ser un rey profeta o un siervo profeta.”*** Ante esta pregunta, el Profeta ﷺ miró a Yibrîl (عليه السلام), quien le aconsejó: ***“¡Sé humilde ante tu Señor, oh Mensajero de Allah!”*** Entonces, el Profeta ﷺ respondió: “Deseo ser un siervo profeta”. (Ahmad, 2/231; al-Haythamī, 9/18, 20)

Desde aquel instante, la “servidumbre” se convirtió en la estación más noble y elevada del ser humano. No es casual que, en la frase de *tawhîd* que menciona al Profeta ﷺ, se diga primero: ***“‘Abduhû”*** (Su siervo), antes de ***“wa Rasûluh”*** (y Su Mensajero).

Así pues, es esencial comprender que todo siervo —excepto los profetas— es falible y limitado. Incluso los profetas, al ser humanos, cometieron errores, pero



fueron corregidos por revelación divina. Esta realidad sirve de recordatorio tanto para ellos como para sus comunidades: ni siquiera los más elevados están exentos de necesitar la guía y el perdón de su Señor.

Por lo tanto, si bien es imprescindible amar y honrar a los sabios y maestros espirituales, ese amor debe mantenerse dentro de los límites establecidos por la **Shari'a**. Si se sobrepasan dichos límites, no sólo se perjudica la propia orientación espiritual, sino que también se contamina la pureza del camino que se dice seguir.

Como ha ocurrido en otros tiempos, también en nuestros días aparecen individuos que, empujados por el ego, la ignorancia o los halagos desmedidos de sus seguidores, afirman con ligereza ser “el **quṭb** de la época” o “el **ghawth** de la creación”, buscando con ello posición, fama y autoridad. Esto está en flagrante contradicción con el espíritu del verdadero **tasawwuf**.

Recordemos la palabra luminosa de **Sayyidunâ 'Uṭmân** ﴿٢٠١﴾: ***“Una de las señales del siervo piadoso es que ve a todos los demás como salvados y a sí mismo como destruido.”***

No hemos venido a este mundo para alabarnos mutuamente, sino para presentarnos ante nuestro Señor reconociendo nuestra nulidad, nuestra fragilidad y nuestra dependencia total de Su misericordia.



La cima del honor no está en la ostentación de rango, sino en la humilde servidumbre ante el Altísimo.

En este mundo efímero, la verdadera nobleza no consiste en ser seguido por multitudes, sino en ser siervo fiel de Allah ﷻ, quien es el Dueño del Juicio, el Señor de la Majestad y el Honor. A Él retornamos, y sólo Su complacencia buscamos.

EL TASAWWUF ES MANTENER EL EQUILIBRIO ENTRE MIEDO Y ESPERANZA

Debemos hacer de esta escena ocurrida en el *Asr as-Sa‘ādah* una máxima vital en nuestro camino hacia Allah:

‘Uthmān ibn Maz‘ūn ؓ, uno de los más conocidos ascetas y devotos entre los Compañeros, falleció en casa de una mujer piadosa de Medina llamada Umm al-‘Alā’. Ella, conmovida, exclamó: ***“¡Oh ‘Uthmān! Testifico que Allah te ha honrado en este instante”***.

El Mensajero de Allah ﷺ, al escuchar sus palabras, intervino con una advertencia llena de sabiduría:

“¿Cómo sabes que Allah le ha honrado?” Ella respondió: ***“¡Oh Mensajero de Allah! No lo sé, por Allah”***.

Entonces el Profeta dijo: ***“Ciertamente, ‘Uthmān ha muerto, y yo también espero para él el bien de parte de Allah. Pero, aun siendo Profeta, no sé lo***

que será de mí ni de vosotros.” Umm al-‘Alā narró: ***“Desde aquel día, nunca volví a declarar nada sobre el estado final de nadie”.*** (Bujārī, *Ta‘bīr*, 27)

Porque nadie, salvo los Profetas y aquellos a quienes se les da una noticia certera, posee la seguridad de partir de este mundo con fe en su último suspiro. El Qur’ān y los hadices señalan que una persona puede encontrarse a una distancia de un palmo del Paraíso y terminar en el castigo, mientras que otra, estando a un paso del Infierno, puede alcanzar la misericordia divina.

En este sentido, nunca debemos olvidar el destino de Bal‘am ibn Bā‘ūrā²⁰, quien alcanzó un rango tan elevado que podía contemplar el **Lawḥ al-Maḥfūz**, pero fue derrotado por su ego y condenado a la perdición eterna.

Tampoco el de **Qārūn**, quien inicialmente era un hombre piadoso y asceta, excelso conocedor y recitador de la Torá. Allah le concedió riquezas como una prueba, pero éstas lo corrompieron. Cuando el Profeta Mūsā عليه السلام le informó de su deber de calcular el zakāt, respondió con arrogancia: “¡Lo he conseguido por mi propio conocimiento!”

La embriaguez de la riqueza mundanal lo llevó incluso a calumniar al Profeta Mūsā. Como castigo,

20. Véase al-A‘rāf, 176.



fue tragado por la tierra junto con los tesoros en los que había depositado su confianza.

El gran maestro Jalid al-Baghdādī, que escribió numerosas cartas llenas de sabiduría, suplicaba continuamente a sus discípulos que pidiesen por él para que pudiera exhalar su último aliento con **īmān**. Y decía: *“No se sabe quién será salvo al final. Muchos descarriados se han arrepentido y alcanzado la perfección espiritual, y muchos justos se han dejado arrastrar por su ego y han caído al abismo.”*

Por esta razón, está prohibido despreciar a ningún siervo de Allah. Así como también es un error asegurarle a alguien la salvación o el Paraíso. El camino hacia Allah exige humildad, no complacencia; exige esfuerzo constante, no presunción espiritual.

El poeta dijo acertadamente:

No hay balanza más justa que el ojo de la equidad, ni sabiduría más perfecta que conocer los propios defectos.

Abū'l-Ḥasan al-Kharaqānī ¹ solía decir:

“Todos se jactan de lo que saben... hasta que se dan cuenta de que no saben nada. Cuando finalmente comprenden su ignorancia, se avergüenzan de sus conocimientos, y es ahí cuando el conocimiento se perfecciona. El verdadero conocimiento es saber que no se sabe.”



Incluso los Profetas, protegidos por Allah y seguros de su destino, vivían entre el **temor (khawf)** y la **esperanza (raġā’)**.

El Profeta Ibrāhīm ؑ, **Jalīl** de Allah, suplicaba:

“¡Oh Señor! No me avergüences el Día en que resuciten los siervos” (Ash-Shu‘arā’: 87)

Y nuestro amado Profeta Muḥammad ﷺ, quien tenía asegurado el perdón divino, oraba por la noche hasta hinchar sus pies, llorando en presencia de su Señor. Cuando se le preguntaba por qué lo hacía, respondía: **“¿Acaso no he de ser un siervo agradecido?”**

(Ibn Hībān, II, 386)

Ni siquiera los Compañeros, quienes recibieron la buena nueva del Paraíso en vida, se relajaron en sus actos de servidumbre. Vivieron con el corazón temblando por el temor reverente a Allah y se esforzaron hasta el último instante.

Salman al-Fārisī ؑ, hombre noble y abnegado, fue objeto de disputa entre los Anṣār y los Muhājirūn, cada grupo queriéndolo para sí. El Profeta ﷺ resolvió la disputa diciendo: **“Salman es de los nuestros, de Ahl al-Bayt”**. (al-Ḥākim, III, 691; Ibn Hishām, III, 241)

Sin embargo, cuando alguien le preguntó si era Compañero del Profeta, respondió: **“No lo sé. El verdadero Compañero del Mensajero de Allah es aquel**



que entre con él al Paraíso". (al-Haythamī, VIII, 40; adh-Dhabī, *Siyar*, I, 549)

¡Qué ejemplo sublime de humildad y conciencia espiritual!

También está el ejemplo de Khālīd ibn al-Walīd²¹ , el "Espada de Allah", conquistador de Siria y héroe de innumerables batallas. A punto de morir en su lecho, exclamó: ***“¡He combatido con nueve espadas que se rompieron en mis manos! ¡Mi cuerpo está cubierto de cicatrices! Y, sin embargo, he de morir sobre esta cama como un inválido...Oh Khālīd, no has alcanzado el rango del martirio...”***

Y antes de entregar su alma, pidió que lo levantaran, se apoyó en su espada y dijo:

“Cuando muera, entregad mi caballo a un valiente, y cavar mi tumba con esta espada. ¡Que al menos la espada escuche el estruendo de mi despedida!”

Así eran los Compañeros: no de nombre, sino de alma y acción. Devotos de Allah y de Su Mensajero , incluso en medio de la victoria y el reconocimiento, nunca se vieron a sí mismos como salvos, sino que temían por su destino y redoblaban sus esfuerzos.



Este es el ejemplo que debe guiar nuestras vidas. El valor espiritual de una persona sólo se manifestará en el Más Allá. Por ello, nuestro deber es vivir como siervos con conciencia de nuestra insuficiencia y con el anhelo constante de mejorar.

“Hazme morir como musulmán y úneme a los justos” (Yūsuf, 101)

No olvidemos que, sin importar el rango o la posición que ocupemos en esta vida, ni nuestro destino ni el de nadie está en nuestras manos. Estamos necesitados, siempre, de la misericordia, el perdón y el favor de nuestro Señor.

En efecto, Allah ordenó a Su Profeta ﷺ: ***“¡Y adora a tu Señor hasta que te llegue la certeza (la muerte)!”*** (al-Ĥijr, 99)

¡Que Allah nos conceda un buen final y nos agrade con Su misericordia! **Āmīn.**







ROSALES EN EL JARDÍN DE LA SABIDURÍA

Su eminencia Ali  dice:

“Recread vuestras almas con palabras y comportamientos ingeniosos y sabios, pues así como los cuerpos se fatigan y se debilitan, también lo hacen las almas”.



Las sabidurías que se pierden en un corazón descuidado sólo pueden recuperarse en el rahla del aprendizaje, junto a la gente de corazón...



ROSALES EN EL JARDÍN DE LA SABIDURÍA

El Mensajero de Allah ﷺ dijo:

“Hay personas que son llaves del bien y candados del mal; y hay otras que son llaves del mal y candados del bien. ¡Dichosos aquellos en cuyas manos Allah ha puesto las llaves del bien! Y ¡ay de aquellos en cuyas manos Allah ha puesto las llaves del mal!” (Ibn-i Mâja, Muqaddimah, 19; Bayhaqî, Shuab, I, 455)

También dijo ﷺ:

“Sólo dos personas merecen ser envidiadas: Una, aquel a quien Allah ha concedido el Corán, y lo recita y actúa conforme a él día y noche. La otra, aquel a quien Allah ha otorgado riquezas, y las distribuye por la causa de Allah día y noche.” (Muslim, Musâfirîn, 266, 267)

En una de sus súplicas, el Profeta ﷺ dijo:

“¡Oh Allah! Me refugio en Ti del conocimiento que no beneficia, del corazón que no se somete, del alma insaciable y de la súplica no respondida.” (Muslim, Zikr, 73)



En algunas de sus oraciones nocturnas, nuestro Profeta ﷺ solía decir:

اللَّهُمَّ إِنِّي أَسْأَلُكَ رَحْمَةً مِنْ عِنْدِكَ

“¡Oh Allah! Te pido una misericordia que
venga de Ti;

تَهْدِي بِهَا قَلْبِي

Con la cual guíes mi corazón,

وَتَجْمَعُ بِهَا أَمْرِي

Y ordenes mis asuntos,

وَتَلْمُ بِهَا شَعْبِي

Y unifiques mis fragmentos dispersos,

وَتُصْلِحُ بِهَا غَائِبِي

Y reformes lo oculto de mi alma,

وَتَرْفَعُ بِهَا شَاهِدِي

Y eleves mi presencia,

وَتُزَكِّي بِهَا عَمَلِي

Y purifiques mis obras,

وَتُلْهِمُنِي بِهَا رُشْدِي

Y me inspires rectitud,

وَتَرْدُّ بِهَا أُلْفَتِي

Y fortalezcas mis lazos,



وَتَعْصِمْنِي بِهَا مِنْ كُلِّ سُوءٍ

Y me protejas de todo mal.” (Tirmidhī, al-Da‘wāt,

30/3419.)

Dijo el noble Abū Bakr ؓ:

“Entre los siervos virtuosos de Allah se encuentran cuatro tipos de personas:

1. Quien se regocija al ver a un pecador regresar a Allah.
2. Quien implora el perdón de su Señor por los pecadores.
3. Quien ruega sinceramente por su hermano en ausencia.
4. Quien socorre y sirve a los necesitados”.

Consejos llenos de sabiduría:

“Huye de la fama y el honor te seguirá”.

“Preparaos para la muerte, pues ella es la antesala de la vida eterna”.

“Allah desea ciertas acciones en el día que no acepta por la noche, y otras en la noche que no acepta durante el día”.

Entre las súplicas del Profeta ﷺ se encuentra esta joya:

“¡Oh Allah! Que el mejor tramo de mi vida sea su final, que la mejor de mis obras sea su última, y que el mejor de mis días sea aquel en que me encuentres”.



Dijo el justo ‘Omar ibn al-Jaṭṭāb ؓ:

“La persona que más amo es aquella que me muestra mis defectos”.

Y también relató un episodio en el que alguien hablaba sobre otro hombre. ‘Omar le preguntó:

1. ¿Has viajado con él?
2. ¿Has tratado con él en negocios?

Dijo ‘Uzmān, que Allah esté complacido con él:

“El verdadero creyente teme seis cosas:

1. Que Allah le arrebatase su fe.
2. Que los ángeles escriban algo que lo deshonne el Día del Juicio.
3. Que sus obras se arruinen por las trampas del Shayṭān.
4. Que el ángel de la muerte lo sorprenda sin aviso.
5. Que el amor por el mundo lo distraiga del Más Allá.

Hay cuatro cosas cuyo aspecto exterior es virtud y su esencia es deber:

1. Sentarse con los justos es una virtud, pero seguir su ejemplo es una obligación.

2. Leer el Corán es virtuoso, pero actuar según él



3. Visitar las tumbas es una virtud, pero prepararse para la muerte es obligatorio.

Dijo ‘Ali ibn Abī Ṭālib, que Allah ennoblezca su rostro:

Las obras más difíciles son cuatro:

1. Perdonar en el momento de la ira.
2. Ser generoso cuando uno mismo está necesitado.
3. Controlar al ego en la soledad.

“Mantén tu corazón vivo con la amonestación, e iluminado con la sabiduría”.

Bâyezîd-i Bistâmî dice:

“El verdadero sufí es aquel que sostiene el Noble Qur’ân en una mano y la Sunna en la otra; que contempla el Paraíso con un ojo y el Infierno con el otro; que se envuelve en el ihrâm, arrojando el mundo por debajo y el Más Allá por encima, y que corre hacia su Señor diciendo con todo su ser: ‘¡Labbayka Allâhumma labbayk! Aquí estoy, rendido ante Ti, listo para obedecer Tu llamado’. Él es quien se precipita, entre este mundo y el siguiente, hacia su Mawlâ.”

“Aunque veas a alguien que realiza prodigios y flota en el aire con las piernas cruzadas, ¡no te dejes impresionar! Observa primero si cumple los mandatos de Allah, si respeta los límites de Su Ley, si vive conforme a la Shari’a. Si no es así, no estás ante un milagro, sino ante una ilusión.”



Abû'l-Hasan Harakânî dijo:

“Allah os ha traído al mundo puros. ¡No os presentéis ante Él cubiertos de impurezas!”

“Desde Turkestán hasta Damasco, si una espina hiere un dedo, es como si me hiriera a mí; si una piedra golpea un pie, es como si golpeará el mío. Cualquier tristeza que habite en un corazón, es también mi tristeza.”

“Después de la fe, el mayor don que Allah concede a Su siervo es un corazón puro y una lengua veraz.”

“Incluso Satanás no puede causar tanto daño a la religión como estos dos: un sabio atrapado en la avaricia mundana, y un asceta sin conocimiento.”

Yûsuf Al-Hamadânî dijo:

“Quien no camina por el sendero de la Sharî'a está, aunque realice mil prodigios al día, caminando junto a Satanás. El que actúa contrario a la Sunna, por mucho conocimiento que acumule, sólo está acumulando fatiga sin provecho.”

Como dice el Qur'ân: «Trabajaron mucho, pero en vano» (al-Ghâshiyah, 3).

Muhammad Ârif Rîvgerî:

“La llave de la religión, su dicha y su principio es elevarse hacia Allah con un corazón arrepentido y sobrecogido. La tawba es el tesoro máspreciado del creyente.”

“El arîf es aquel que, con cada aliento que Allah le da, le entrega su corazón íntegro a su Señor, y permanece en ese estado hasta su último suspiro... manteniendo su secreto oculto a los ojos del mundo”.

Seyyid Emîr Külâl:

“Aunque pases las noches en adoración y tu cintura se afile como una cuerda por el ayuno, si tu sustento y tu vestimenta no son halal, jamás alcanzarás la meta.”

Bahâüddîn Shâh-i Naqshband:

“El camino de la gente del corazón es considerar sus buenas obras como poca cosa, mantenerse en humildad, pobreza e impotencia, reconociendo la imperfección en todo lo propio. Verse imperfecto es un bálsamo contra la arrogancia del ego.”

“¡Oh Señor! Todos Te temen, pero yo me temo a mí mismo, porque de Ti he visto siempre bien, y de mi alma, sólo mal.”

Ubeydullah Ahrâr dijo:

“Este camino lo he aprendido no de los libros, sino sirviendo a las criaturas de Allah. A cada uno se le da una senda distinta; la mía ha sido la del servicio. Recomendando con amor este camino a quienes hallo merecedores.”

Muhammad Zâhid dijo:

“Los modales del sufismo son antorchas que iluminan el sendero de quien desea caminar hacia la Verdad. Nadie alcanza estados sublimes sin observar los modales que practicaron los amigos de Allah.”



Imâm-i Rabbânî dijo:

“No te complazcas con aquello que no complace a Allah. Todos los deseos terrenales morirán con nuestro último aliento. ¡Entonces, abandónalos ahora!...”
“¡Muere antes de morir!” — es decir, deja tus pasiones antes de que la muerte te deje a ti.”

Muhammad Mâsûm Sirhindî dijo:

“Adora, sí... pero también pide perdón durante tu adoración. Considera tus actos como imperfectos. Uno de los grandes dijo: «Haz buenas acciones y pide perdón». Este es el camino de la servidumbre.”

“Nadie que carezca de decencia ha alcanzado jamás la cercanía de Allah.”

Abdullah Dehlawî dijo:

“Vinimos a la viña del mundo a recoger rosas, pero llevamos espinas.”

“¿Cómo puede servir a Allah quien sigue los caprichos de su ego?”

“El dhikr constante, junto a una entrega pura y humilde, es una de las llaves más poderosas de aceptación ante Allah.”

Mawlânâ Khâlid al-Baghdâdî dijo:

“Nadie puede avanzar sinceramente en la senda hacia Allah sin la disciplina del sayr ua sülûk, pues el ego encierra trampas y engaños que destruyen incluso a los sabios.”

“El que ha sido honrado con el Islam no debería dejar que la noche le venza. Uno de los depósitos más preciosos de Allah es el qiyâm matutino.”

Sayyid Tâhâ al-Haqqârî dijo:

“Quien se enorgullece de sus actos, los ha enterrado vivos. El orgullo es la tumba de las buenas obras.”

Muhammad Es’ad Effendi dijo:

“Así como lavamos cada parte del cuerpo en el ghusl, también hemos de purificar cada partícula de nuestro ser con el dhikr, para que la fragancia del amor de Allah impregne cada rincón del alma.”

“El derviche halla placer en las espinas del camino, pues sabe que ahí florecen las rosas.”

Mahmud Sâmi Ramazanoğlu dijo:

“Para que la súplica sea escuchada, lo primero es el sustento halal, y lo último, la sinceridad. Si lo que entra por la boca no es puro, el corazón difícilmente hallará paz.”

“El que busca la Verdad ha de ser como una montaña: firme ante el calor, el frío, el viento o el diluvio.”

Hâci Mûsâ Topbaş dijo:

“Muchos creen que la perfección espiritual se alcanza con mucha adoración. No es así. Lo esencial es vivir



según la Sunna, cuidar el halal y el haram, y purificar la moral.”

“Las semillas de la mârifa están en ti. Para que broten, riega tu alma con gratitud, pensamiento y dhikr.”

Mawlana Jalâluddîn Rûmî dijo:

“Shams me enseñó: ‘Si un solo creyente siente frío, tú no tienes derecho a calentarte’.”

“La rosa se volvió fragante por aguantar la espina.”

“Si deseas brillar como el día, has de quemar la noche de tu ego.”

“Sólo las lágrimas, no el agua, lavan el alma.”

“El hombre es un bosque: conviven en él lobos y corderos, espinas y rosas.”

“El que sigue a un guía nunca se extravía, pues quien camina sin cabeza se convierte en cola.”

“Quien tiene buenos amigos, no necesita espejo.”

“Oh miserable, que vendiste tu fe por pan, ¡por una cebada cambiaste un tesoro eterno!”

Shaykh Sâdî-i Shîrâzî dijo:

“Si un forastero toca tu puerta, no lo dejes con las manos vacías. Quizás un día tú también llames y necesites que te abran con una sonrisa.”

“Los amigos de la Verdad compran en tiendas vacías, donde nadie más mira.”

La Gente de Sabiduría ha dicho:

Los tres secretos de la dicha:

1. La humildad, que eleva al alma mientras la mantiene en la tierra,
2. El contentamiento, que convierte la escasez en abundancia y trae paz al corazón,

El mundo se transforma en un paraíso cuando en él florecen:

1. Una lengua refinada, cuya dulzura conquista los corazones y sana las heridas,
2. Una mano generosa, que da sin esperar y alivia las cargas ajenas,

Tres personas caminan en la oscuridad espiritual:

1. El ignorante que no practica lo que predica,
2. El necio que presume virtud mientras está preso de su arrogancia,

El creyente experimenta una comunión íntima con Allah en tres momentos:

1. En la soledad que no es herida por la multitud, cuando su corazón se aísla del ruido y se sumerge en la Presencia,



2. Al devolver la esperanza al desesperado, como al hacer sonreír a un huérfano o a un necesitado,

Entre los hombres, hay tres que verdaderamente se conocen a sí mismos:

1. Quienes aceptan con serenidad el decreto divino (taqdîr),

2. Aquellos cuya modestia es tan profunda que incluso se avergüenzan de pronunciar su propio nombre,

Tres clases de personas están alejadas de la cercanía divina:

1. Los que evitan el servicio por comodidad,

2. Los que, fingiendo sensibilidad, rehúyen el dolor ajeno,

Tres son los que gozarán del privilegio de ver a Allah:

1. Los corazones puros y sinceros, que han hecho de Allah su Amigo íntimo,

2. Los que hallan la luz del sol aún en la oscuridad de la noche, es decir, los que atraviesan los velos con visión espiritual,

3. Los que invierten cada instante de su vida en la Verdad, viviendo con consciencia del Más Allá y caminando con firmeza por la senda eterna.

CONTENIDO

PRÓLOGO	5
TASAWWUF SEGÚN EL CORÁN Y LA SUNNA ES ALCANZAR LA PERFECCIÓN.....	17
TASAWWUF SEGÚN EL CORÁN Y LA SUNNA ES ALCANZAR LA PERFECCIÓN.....	19
¿Qué es Entonces el Tasawwuf?	24
¿Qué es el Tasawwuf?	26
El Mayor Milagro es la Rectitud.....	33
Tasavvuf; es Protegerse de la Negligencia Con el Zikr ..	36
Tasawwuf es la Eliminación de Las Inclinaciones del Ego y el Perfeccionamiento de la Dimensión Espiritual del Ser... ..	43
Tasawwuf es la Eliminación de la Nafsâniyya y la Mejora de la Rûhâniyya... ..	45
Todo En el Tasawwuf, Comienza Tras Entender la “Nada”	46





Tasawwuf; es la Unión Con Los Justos	54
Unión Sincera; Râbita	56
Conmigo En Yemen... ..	60
Tasavvuf; No es Una Mera Forma, es el Camino del Seguimiento	62
EL CAMINO DEL CORAZÓN PURO... ..	67
EL CAMINO DEL CORAZÓN.....	69
Las Tres Tareas de Los Profetas	72
Conocimientos Inútiles.....	75
Jardín de Granadas	79
El Sultán Alparslan Examen de Conciencia.. ..	82
Tajallî, Taḥallî, Taʿyallî	85
¡Allah Basta!	87
Al-Murshid Al-Kâmil	90
Sensibilidad Hacia la Sunna	93
Cuida de Quien Aprendes Tu Religión	100
EL AMOR DENTRO DE LOS LÍMITES	
ESTABLECIDOS	103
EL AMOR DENTRO DE LOS LÍMITES	
ESTABLECIDOS	105
Extremismo y Fanatismo... ..	109
Tawassul.....	113
154 Visitas A Tumbas	116



Cuando Allah No Enseña...	124
Ningún Siervo es Perfecto.....	125
Hijo de Adán, No Seas Orgullosa... ..	127
El Tasawwuf es Mantener el Equilibrio Entre Miedo y Esperanza	132
ROSALES EN EL JARDÍN DE LA SABIDURÍA ...	139
ROSALES EN EL JARDÍN DE LA SABIDURÍA ...	141
CONTENIDO	153



This image shows a full page of white paper with horizontal dashed lines, typical of primary school writing paper. The lines are evenly spaced and run across the width of the page. There are no margins, text, or other markings on the paper.

This image shows a full page of white paper with horizontal dashed lines, typical of primary school writing paper. The lines are evenly spaced and run across the width of the page. There are no margins, text, or other markings on the paper.

